



Lou CARRIGAN

LA FARANDULA





eb

LOU CARRIGAN

LA FARANDULA

Colección LA HUELLA n.º 57
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B 39128-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: diciembre, 1975

© Lou Carrigan - 1967

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

John Foster, inspector-jefe de la Delegación del FBI en la demarcación correspondiente a la ciudad de Buffalo, no necesitaba hablar para que su esposa le comprendiese.

Apenas verlo aparecer en la cocina, lo miró sonriente, y musitó:
—Vienes cansado, ¿verdad?

Foster besó levemente los labios de su esposa y encogió luego los hombros.

—Como siempre, más o menos.

—Más que menos —continuó sonriendo su esposa, Ann—. Espero que no haya ocurrido nada excesivamente malo.

—No, no... ¿Cómo está la cena?

—Terminaré en seguida. ¿Tienes apetito?

—No mucho. Pero uno se acostumbra a cenar, y parece que debe hacerlo inevitablemente. Mmm... Ajá, ya sé: has ido a la peluquería.

—Creí que no lo notarías —rió su esposa—. ¿Te gusta mi nuevo peinado?

—Me gustas tú —sonrió Foster—. Lo demás no tiene demasiada importancia. Aunque —se apresuró a añadir— este peinado te sienta divinamente.

La abrazó por la cintura y la volvió a besar. John Foster tenía cuarenta y cinco años; había ya bastantes canas en sus sienes, pero su aspecto no envejecía por ello. A su esposa le había parecido siempre un gran muchacho serio, calmoso, lleno de músculos, alto... Aquellas canas no tenían importancia alguna, porque John Foster conservaba la mirada joven, y todas las energías del hombre en plenitud que acude tres veces por semana al gimnasio y practica además el tenis y la natación. La mirada era lo más notable del atlético y apuesto Foster: seria, bondadosa, amable..., pero

penetrante, aguda, inteligente. Ann tenía treinta y nueve y, como su esposo, parecía todavía una muchacha joven y llena de vitalidad. Era muy bonita, con unos grandes ojos castaños de mirada dulce, una boca sonrosada y pequeña, redondita. Esbelta, de bien formada silueta, rubio los cabellos, podía ser confundida fácilmente con una jovencita decidida, de gracioso caminar.

—Espero —suspiró, cuando Foster dejó de besarla— parecerte siempre más importante yo que el peinado...

—No pierdas la esperanza... —sonrió Foster—. ¿No han venido los muchachos?

—Estaban ultimando no sé qué acontecimientos deportivos en la escuela. Ese muchacho acabará conmigo...

—¿Johnny? —sonrió de nuevo Foster—. ¿Por qué?

—John, él tiene diecisiete años, y ya le han roto dos veces una costilla y una vez dos dedos de la mano derecha.

—¿Estás diciéndome que mi hijo es un alfeñique?

—Eso es lo malo —suspiró Ann—: que es ya tan fuerte como tú, y casi más alto.

—¿Y eso es malo? —se asombró Foster.

—Es malo que dedique todas esas energías a jugar al *rugby*... Ya sé, ya sé: también es un magnífico estudiante. Pero está loco con el *rugby* dichoso... Cualquiera día nos lo traerán con una pierna rota.

—A mí me la rompieron también, por dos sitios, cuando tenía diecinueve años... Si a él se la rompen a los diecisiete, todo lo que ocurrirá será que su experiencia habrá sido más prematura. Deja que el muchacho gaste sus energías en eso, Ann. Si supieses a qué se dedican otros muchachos de diecisiete años, estarías muy contenta de las... actividades peligrosas de tu hijo. Además, no estarás pensando en pedirle que deje el deporte, supongo.

—Tendría que luchar contra él y contra ti —suspiró Ann—. Ya sé que estás muy orgulloso de él.

—Bueno... ¿Tú no?

—También —rió Ann.

—Entonces, todo va bien. Deja tranquilo al muchacho. Y no te preocupes por él: las piernas y los brazos rotos se arreglan muy fácilmente... ¿Y Annie?

—La madrina del equipo de *rugby* donde su hermano es capitán... Si Annie fuera chico, también estaría metida en todo ese

jaleo de los golpes, las carreras, los puntapiés...

—Mujer, eso no es ningún jaleo: es deporte. Esta cena huele divinamente... Creo que se me está abriendo el apetito. Mmm... Tomaré un «sherry», mientras acabas. ¿Algo nuevo?

—Nada.

John Foster besó ahora la nariz de su esposa y salió de la cocina, en dirección al *living*, tras un breve vistazo por el gran ventanal, hacia el jardín; pero Johnny y Annie todavía tardarían quizá media hora, de modo que tenía tiempo de leer el periódico y tomar una copa de jerez en el más absoluto y apacible de los silencios. Y eso era bueno, siquiera fuese durante media hora al día. Se sirvió la copa, se sentó en su sillón favorito, encendió la lamparita de pie y tomó el periódico...

Cuando sonó el teléfono, apenas habían pasado dos minutos. Lo miró con cierta alarma, sobresaltado.

Iba a ponerse en pie para atender la llamada cuando Ann aparecía, procedente de la cocina, y le hizo señas de que ella contestaría. Dejó en la mesita el platito con aceitunas, y Foster se apresuró a tomar una, mientras miraba a su esposa.

—¿Diga?

—¿...?

—Sí... Un momento —se volvió hacia él—. Es para ti.

—¿De la Delegación?

—No lo han dicho. Pero creo que no.

John Foster se tranquilizó. Bueno, al menos aquella noche podría cenar con los muchachos, interesarse por sus cosas, pasar una velada tranquila y agradable...

—John Foster. ¿Diga?

—¿...?

—Sí... ¿Eres tú, Gerard? —se interesó vivamente.

—Sí... Sí, sí...

John Fóster palideció bruscamente, intensamente.

—¡No! —gritó.

—Dios...

—¿...?

—Sí... Iré inmediatamente. Quizá un par de horas... Adiós...

Colgó, y se quedó aturdido junto al teléfono, todavía tan pálido, que Ann se acercó a él y le cogió una mano.

—John..., ¿qué ha pasado?

Foster se mordió los labios. Sin contestar a su esposa, descolgó de nuevo el auricular y efectuó una llamada.

—Soy Foster... ¿Jim? Oye, necesito inmediatamente un avión, o avioneta, helicóptero... Lo que sea. Lo más rápido que podáis encontrarme. Llegaré dentro de veinte minutos. Quiero que todo esté listo para el vuelo.

—Exacto: lo más rápido que encontréis. Después de encargarte de eso, llamas a la Delegación de New Haven, por la línea privada... Quiero que un agente me recoja en el Aeropuerto Municipal de Hartford, Connecticut, cuando llegue allá, que será dentro de un par de horas, aproximadamente. ¿Entendido?

—Adiós...

Colgó, se volvió hacia su esposa y se quedó mirándola como si ella no estuviese allí, realmente.

—John..., ¿qué ha pasado?

—Han matado a uno de mis agentes, Ann...

—¡Dios mío!

—Parece..., parece que ha sido un accidente, pero no lo creo...

—¿Cuál de ellos?

—Henry Dawson.

—Oh, no...

—El mejor, lo sé... Te he hablado de él en varias ocasiones... El más voluntarioso, tenaz y simpático. Le han metido una bala en el corazón.

—Pe... pe... pero... ¡Pero eso no puede ser un accidente, John!

—Dicen que sí. Me ha llamado Gerard... ¿Lo recuerdas? Te hablé de él hace un par de semanas...

—Sí, sí... Lo recuerdo.

—Está de director de escena, y también de actor, en una compañía ambulante de teatro llamada La Farándula. Precisamente, esa compañía llamó nuestra atención por el hecho de que por todos los puntos que pasaba aparecía luego gran cantidad de drogas. Cocaína, principalmente. Como es natural, sospechamos de ella. Fui a investigar discretamente, y me llevé la sorpresa de encontrar allí a Gerard Stuart, un viejo amigo. Aceptó inmediatamente cuando le propuse que uno de mis agentes iría en la compañía, como un actor más, para intentar descubrir si era todo una simple coincidencia o

la compañía tenía algo que ver con aquella afluencia de drogas en los lugares donde paraban. Henry llevaba con ellos un par de semanas, trabajando como actor, y las noticias que nos ha ido enviando empezaban a convencernos de que, en efecto, todo había sido una simple coincidencia. Pero ahora...

—¿Crees que no es coincidencia?

—Por supuesto que no. Alguien de esa compañía de actores ambulantes es un contrabandista de drogas... Y un asesino —el ceño de John Foster se frunció sombríamente—. No quisiera estar en su pellejo después de haber matado a un agente del FBI.

—Pero ¿cómo se explica eso del accidente? Si matan a un hombre de un balazo al corazón, no veo...

—Gerard no ha sido muy explícito, y yo no he querido entrar en detalles... ¿Para qué, si dentro de un par de horas estaré allí? El último informe telefónico de Henry Dawson situaba a la compañía llamada La Farándula en Riverside Parle, en Hartford, que es de donde me ha llamado Gerard... ¿Accidente? Ha dicho que la pistola debía haber contenido solamente salvas, pero que lo cierto es que había una bala de verdad... Y Henry la ha recibido en pleno corazón. Alguien ha jugado sucio. Y lo va a pagar... Lo va a pagar muy caro.

Fue a su despacho, abrió el pequeño armero camuflado y sacó la «*Parabellum*» del nueve largo, que sustituyó en su funda sobaquera por la que había llevado aquel día. Ann lo miraba en silencio. Conocía muy bien aquella expresión de su marido.

—¿Te preparo algo para el viaje? —susurró.

—No.

Ella no insistió. Sabía que John Póster ya no tenía el menor apetito. Y de no conocerlo tan a fondo, habría temido alguna violencia por parte del sereno jefe del FBI en Buffalo. Pero, a pesar de su gesto sombrío, de la contenida furia con que había recurrido a la «*Parabellum*», de la ira que hervía en su pecho, sabía que él haría en todo momento lo que se esperaba que hiciese un inspector-jefe... o cualquier agente del FBI. Aunque sintiese deseos de acribillar al asesino, si podía se contentaría con detenerlo. Jamás John Foster se pasaría de la raya.

—Dejaré el coche en el aeropuerto, Ann.

—Está bien. Iré a buscarlo mañana.

El inspector del FBI acabó de ajustarse los atalajes de la funda sobaquera, se puso la chaqueta y se quedó mirando a su esposa.

—Lo atraparé... —musitó fríamente—. Te juro que atraparé a ese asesino, Ann.

—Lo sé —intentó sonreír ella—. Pero cuídate, John.

—¿Yo?

La besó rápidamente en los labios y salió de la casa, a toda prisa. Apenas veinte segundos después, desde la ventana, Ann Foster miraba detrás de los cristales a su esposo, que, una vez más, no cenaría en casa, ni aseguraba a qué hora o qué día volvería... Ni siquiera podía asegurar que pudiese volver.

* * *

La avioneta tomó tierra en Brainard Field, el aeropuerto municipal de Hartford, hacia las nueve de la noche. John Foster se apresuró a saltar del aparato, tras dar las gracias al piloto, que se encargaría de cualquier formalidad de tránsito.

Y apenas pisar la pista, vio al hombre que se acercaba a buen paso a la avioneta. Desde antes de llegar ante él, Foster había ya calibrado, a su modo, al nuevo personaje: treinta años, cabellos oscuros, alto, muy ancho de hombros, mandíbula dura y saliente, ágil y elegante... Cuando lo tuvo ante él, y vio los negros ojos fijarse en los suyos, el resto fue mucho más fácil de adivinar: le habían enviado a un agente de acción, de los que saben emplear la dureza sin límites cuando es necesario.

—¿Inspector Foster?

—Sí.

—Soy Fred Chapman, agente especial da la Delegación de New Haven, señor.

—Encantado.

Se estrecharon las manos. Fred Chapman señaló hacia atrás, por encima de su hombro derecho.

—Tengo un auto esperando, señor. He sido puesto a su disposición... El inspector Master le ruega que lo disculpe por no haber venido personalmente, pero tenemos un poco de jaleo en los muelles de New Haven... Casi todos los agentes están batiendo aquella zona.

—Temo que he privado al inspector Master de un agente...

—No, no... Yo estaba desligado de eso, porque atendía otro caso..., que ya terminé.

—¿Cuándo?

—Hace dos horas... ¿Dónde quiere que lo lleve, señor?

—Riverside Park. ¿Lo conoce?

—Desde luego.

Abandonaron las pistas, cruzaron los vestíbulos da espera y salieron al *parking*. Chapman señaló uno de los vehículos estacionados allí, en silencio. Poco después, los dos se acomodaban en el vehículo... Foster ofreció un cigarrillo a Chapman, que lo aceptó, y correspondió ofreciendo la llama de su encendedor al inspector-jefe de Buffalo. Inmediatamente, puso en marcha el coche. Durante unos minutos, estuvo conduciendo en silencio, fija la mirada en el tráfico.

De pronto, musitó:

—¿Es cierto que han matado a uno de los nuestros?

—Sí.

—Bien... Mala suerte. Espero servirle de algo, señor.

John Foster asintió con la cabeza, mirando de reojo al

G-man.

Tenía un perfil extraordinariamente duro, belicoso quizá. Pero, igual que él, parecía capacitado para dominar sus nervios en todo momento. Resultaba un rostro un tanto inexpresivo, como de piedra, pero le gustó a Foster.

El coche rodaba a buena marcha por Aviaton Road, acercándose al Connecticut River. Pasaron por debajo de Charter Oak Bridge, y enfilaron Charter Oak Avenue. Luego, tomaron el desvío de Commerce Street, que poco después empalmaría con North Meadows Expressway, tramo perteneciente a la carretera

5-A

nacional.

—Riverside Park está a la derecha, junto al río —murmuró Fred Chapman—. ¿Puedo saber algo sobre el asunto, señor?

—Por supuesto. Hace unas semanas notamos que por todos los lugares donde paraba una compañía ambulante de teatro llamada La Farándula, aparecía muy poco después un gran... consumo de cocaína. El hecho nos llamó la atención, y decidimos investigar a La Farándula. Resultó que el director de la compañía era un viejo

amigo mío, llamado Gerard Stuart, y eso facilitó la introducción de un agente en ella. El agente se llama..., se llamaba Henry Dawson, y entró como actor de poca importancia, apoyado por mi amigo Stuart, naturalmente. Durante unas semanas, apenas un par, todo ha ido bien... Henry Dawson nos ha ido proporcionando informes del itinerario y las actividades de los artistas que componen La Farándula. Nada de drogas. Pero...

—Perdón, señor. ¿Durante el tiempo que mi compañero ha estado metido en La Farándula no han aparecido drogas en los lugares donde paraba la compañía?

—No. ¿Qué opina de eso?

—Creo que es significativo, señor.

—Desde luego... Pero nada podíamos hacer, al no aparecer drogas. Nada, excepto esperar el aviso de Henry Dawson en un momento determinado.

—Aviso que posiblemente habría llegado si Dawson no hubiera muerto, supongo.

—Es posible, Chapman. Pero, como iba a decirle antes, parece que la muerte ha sido accidental.

—¿Accidental? ¿Cómo ha muerto Dawson?

—De un balazo al corazón.

Fred Chapman volvió un instante la cabeza hacia Foster. Luego, asintió varias veces con movimientos de cabeza.

—Entiendo.

—¿Qué es lo que entiende?

—La sucia jugada. Algo no ha funcionado debidamente... y, sin duda, existe un culpable. Lo encontraremos.

—A eso vamos, Chapman.

—Lo encontraremos —insistió el

G-man,

en voz baja—. Vaya si lo encontraremos, señor. ¿Cuánta gente hay en La Farándula?

—Ahora quedan once. Tres chóferes, un representante de la compañía, un apuntador y seis actores; uno de ellos, Gerard Stuart, es a la vez el director de las obras que representan. El representante, llamado Ted Crane, suele adelantarse a la compañía dos días antes de que ésta finalice sus actuaciones en una localidad. De este modo, cuando llegan a la siguiente, ya ha contratado el

nuevo lugar de emplazamiento. Montan el teatro, y están allí un par de días, una semana... Según el lugar, la importancia que tenga.

—Comprendo... ¿Qué es eso de que montan el teatro?

—Viajan con su propio local. Es desmontable... Una de esas construcciones prefabricadas. Capaz pata doscientos espectadores y los servicios necesarios a los componentes de La Farándula. Gerard Stuart, el director, asegura que así les sale todo mucho más barato, y los beneficios son mayores. En un gran camión con remolque, llevan el teatro, desmontado; en ese camión, va un chófer llamado Norval Hollinger, y su ayudante, Jess Colley. El otro vehículo es más bien un «bus» cuya mitad delantera está destinada a pasajeros, y la mitad trasera a guardarropía, servicios, almacén... Su conductor se llama Cecil Eegan.

—Es un sistema un poco complicado de viajar.

—Pero tienen menos gastos. Gerard Stuart me aseguró que con un poco de suerte antes de un año habrán pagado todo el equipo, los camiones... Están haciendo un gran esfuerzo.

—Pero entre ellos hay un contrabandista de drogas... que no vacila en matar a un agente del FBI. Estamos llegando, señor... Daré una vuelta por el parque, hasta que usted localice el teatro... Tengo deseos de conocer a las gentes de La Farándula. Especialmente, a uno de ellos.

CAPÍTULO II

El teatro prefabricado había sido montado en la parte sur de Riverside Park, cerca de Connecticut Boulevard. No quedaba un solo espectador dentro, pero sí había algunos curiosos que se habían quedado por las cercanías. En la puerta, un par de policías de uniforme prohibían la entrada a algunos periodistas.

Pero se apartaron cuando John Póster mostró su tarjeta de identidad del Federal Bureau of Investigation. Cerca de ellos había un policía de paisano, que se adelantó a recibirlos, saludando con un breve gesto a Fred Chapman.

—¿Inspector Foster? —preguntó.

—Sí.

—Soy el sargento detective Adams. El teniente le está esperando. Todos están en el escenario.

—Preferiría hablar aquí y ahora con el teniente, si es posible.

—Le avisaré.

Apartó unas ligeras cortinas que separaban el pequeño vestíbulo del teatro en sí, y desapareció. Reapareció un minuto después, acompañado de un hombre alto y flaco, de mirada astuta, ojos grises y muchas más canas que John Foster.

—Soy el teniente Mackey, de Homicidios. ¿Ha venido para encargarse del caso?

—Así es. John Foster, del FBI.

—Sí, ya sé... El director de La Farándula nos dijo que le había avisado a usted personalmente, y luego, desde su Delegación de New Haven, nos dijeron que le esperásemos. Veo que Chapman va a colaborar con usted. Mmmm... El director de todo esto quiere verlo. Lo he retenido en el escenario, pero si usted quiere hablar con él...

—Sí... Será mejor, teniente.

Mackey hizo una seña a Adams, que volvió a desaparecer tras la cortina. Luego, se quedó mirando con contenida curiosidad a Foster.

—¿No tiene interés por ver la escena del... suceso? Y nunca mejor dicho eso de que es el escenario de un crimen.

—¿Han tocado algo?

—Por supuesto que no —gruñó Mackey.

—Entonces..., no hay prisa —dijo roncamente Foster—. Ya me sobrará tiempo para convencerme de que Henry ha muerto... ¿Han obtenido algún dato, o conclusión?

—Todo está tan claro que no parece que haya nada por investigar. Pero, aparte, hemos querido dejárselo todo al FBI.

—Bien hecho. Uno de los nuestros ha sido...

Las cortinas se separaron, movidas por el sargento Adams, que dejó pasar a un hombre alto, elegante, de mirada inteligente, ojos oscuros, cabellos casi rubios. Debía tener la edad aproximada de John Foster, y se acercó inmediatamente a él, con la mano tendida...

—John, siento que esto haya ocurrido...

—Está bien, Gerard —aceptó Foster la mano—. Dime ahora cómo ha ocurrido exactamente.

—Eee... Bueno, del modo más simple... Estábamos representando *La ventana*... Es una obra en la cual muere violentamente uno de los personajes...

—¿De un disparo?

—Sí. Sí, sí, claro... Bueno, Henry Dawson encarnaba ese personaje. Doris Davis, mi segunda actriz, era la mujer que tenía que..., que «matarlo» durante la representación. Como es natural, tenemos algunas armas, pero todas ellas están siempre descargadas... En el momento preciso se las carga con salvas, se efectúa el disparo, el actor cae... Ya sabes...

—Pero luego se levanta —dijo secamente Foster.

—Sí... Oh, sí... John, te aseguro que..., que... Bueno, no sé qué decir...

—No tienes por qué decir nada, Gerard. Yo pedí tu ayuda y tú me la concediste. Lo sucedido es uno de los muchos tropiezos que puede tener un agente del FBI. Ahora, lo que quiero es encontrar a la persona que puso una bala de verdad en la pistola. Naturalmente, está entre vosotros.

—¡Entre nosotros! ¿Qué quieres decir...?

—Ha tenido que ser alguien de La Farándula, Gerard. ¿Les dijiste que Henry Dawson era un agente del FBI encargado de investigar en la compañía por si alguno de sus miembros tenía algo que ver con el tráfico de cocaína..., precisamente por las localidades donde pasaba La Farándula? ¿Se lo dijiste a alguno, Gerard?

—A ninguno. Te lo juro, John. Henry Dawson era, simplemente, un actor mediocre que yo había decidido contratar. Un chico más bien simpático, despreocupado... Estoy seguro de que ninguno sabe que era un agente del FBI. Es más, John: no creo que ninguno de mis compañeros esté mezclado en un asunto tan feo como el contrabando de drogas y... y un asesinato.

—Alguien puso la bala en la pistola, ¿no?

—Bueno... ¿Necesariamente ha de ser uno de mis compañeros?

—No sé... ¿Crees que alguien del público pudo conseguirlo? ¿Te parece que alguna persona de las que estaban en la sala pudo llegar al lugar donde estaba la pistola y poner una bala?

—No... No lo creo... Tenemos una docena de camerinos detrás del escenario, y hacemos allí la vida de cada uno. Ralph es el encargado de estas cosas, y cuando...

—¿Quién es Ralph...? Espera —recordó Foster—. Ralph Nichols, el apuntador y encargado del material. ¿No es eso?

—Sí. Bueno, aquí todos hacemos pequeñas o grandes cosas, según sea necesario. Por ejemplo, el teatro lo montamos entre todos, si es necesario conducimos los camiones, atendemos la taquilla... Estamos muy unidos, John, y cada uno hace lo que sea con tal de ahorrar personal, y, por tanto, gastos.

—Entiendo... ¿Qué pasa con Ralph Nichols? —Nada... El deja siempre todo preparado antes de meterse en la concha de apuntador. Ocurre que, al cambiar con frecuencia de obra, nos vemos obligados a tener siempre a Ralph de apuntador, para que nos vaya indicando... Emmm... Bueno, Ralph dejó la pistola en su sitio, cerca del escenario, y fue a su sitio. Eso es todo.

—Todo, no, Gerard.

—Bueno, ya sé... John, no lo entiendo, te lo juro... Mira, estas cosas han pasado en las novelas, esta clase de asesinatos... Luego, se descubre que alguien de la compañía odiaba al muerto, puso la

bala... Pero siempre hay un motivo. En cambio, todos nosotros apreciábamos a Henry Dawson... Era un chico simpático, un gran compañero...

—Lo sé muy bien, Gerard —dijo roncamente Póster.

—Bien... No sé... Ninguno de nosotros ha sido, John, te lo aseguro.

—Entonces, alguien del público. Pero has dicho que no es probable que alguien llegase hasta la pistola, Gerard. Además, para llegar a la pistola y colocar la bala en ella, hay que saber antes qué clase de pistola es, y de qué calibre... Eso no podía saberlo nadie del público. Por tanto, ha sido uno de tus compañeros.

Gerard Stuart se pasó la mano por la barbilla, mirando hoscamente a Foster.

—Está bien, John. Pero si sospechas de La Farándula, quiero que me cuentes como uno de los sospechosos. Quiero que me consideres solidario con todos ellos, porque estoy seguro de que todos son inocentes. Si tú no lo estás, considérame igual que a los demás.

—Sea como tú quieras, Gerard... —musitó Foster—. Y ahora, vamos a ver el... escenario.

Cruzaron las cortinas. La sala era pequeña, y se veían las doscientas sillas plegables un poco revueltas, aunque aún se adivinaba el pasillo que las había dividido en dos filas de ocho en fondo por doce en profundidad. Delante mismo, muy cerca, el escenario. Y allí, numerosas personas, incluyendo a un agente de uniforme y otros dos policías de paisano. Todo era pequeño y estrecho allí, estrictamente funcional. Un teatro para doscientas personas y dos funciones diarias, podría ser un negocio incluso bueno... si en las dos funciones se llenase el teatro, cosa que no debía ocurrir. Claro que, a veces, por lo original del teatro, por estar montado por los mismos actores...

Entraron todos por un hueco situado a la derecha del escenario. Luego, subieron unos peldaños montados al aire, y se encontraron entre bastidores. Detrás del telón de fondo del escenario, había un recinto parecido al vestíbulo, pero más grande. Y allá daban doce puertas, que eran otros tantos camerinos-viviendas de los actores.

Luego, el escenario, al cual se llegaba por dos extremos. En el telón de fondo había una abertura cuadrada, a través de la cual se veía el patio de asientos. Junto a la abertura, una mesita, y en ella

una pistola... El policía de uniforme miraba por aquel hueco y desde el escenario a los hombres que había al otro lado.

—¿Es ésa la pistola? —señaló Foster.

Gerard Stuart y el teniente Mackey asintieron con la cabeza, y el inspector del FBI fue allá y se quedó mirando el arma. Luego, miró por la ventana y vio el bulto en el suelo, cubierto por una manta ligera. Se volvió hacia Gerard Stuart, que explicó:

—Doris Davis, en su papel, aparecía por esta ventana. Miraba al escenario y, al ver juntos a Henry y a Jessie, disparaba contra Henry... Bueno, contra el personaje que...

—Ya entiendo. ¿Disparaba contra el personaje porque él la engañaba con la otra mujer?

—Sí.

—Entonces, la actriz Doris Davis vino aquí, asomó la cabeza y, al verlos, cogió la pistola y disparó.

—Claro...

—Veámoslo ahora desde el mismo escenario.

John Foster, siempre seguido de Fred Chapman, entraron en el escenario. Desde allí y, por tanto, desde el patio de espectadores, el hueco era una ventana, bastante bien conseguida a pesar de lo endebles que, en general, resultaban todos los decorados. Se suponía que se encontraban en un *living*, de una villa de campo, y que aquella ventana estaba abierta. Había un sofá, sillones, una mesita, chimenea, teléfono... Todo estaba bien conseguido, y el ambiente resultaba grato, a simple vista. Y entonces, cuando la actriz llegaba a la quinta, veía por la ventana al hombre que amaba y a otra mujer, sacaba la pistola que ya tenía preparada porque tenía sospechas de la infidelidad del amado, y...

Y Henry Dawson, agente especial del FBI, en lugar de caer al suelo tras oír el estampido de un disparo de salvas, había caído muerto instantáneamente de un balazo al corazón.

El inspector del FBI oía unos sollozos muy cerca de él, pero no hizo caso.

Se acercó al cadáver y le quitó la manta que lo cubría...

Sí.

Allá estaba, palidísimo, crispado, el simpático rostro de Henry Dawson, su mejor hombre en el servicio en Buffalo. Foster alzó más la manta y vio el boquete de la gruesa bala sobre el corazón de

aquel muchacho que había entregado su vida al FBI.

Como en anteriores ocasiones, John Foster tuvo que hacer un esfuerzo para tragar saliva. Junto a él estaba Fred Chapman, silencioso, un poco pálido, contemplando el juvenil rostro de Henry Dawson. Si, era cierto... Henry Dawson parecía un chico simpático y alegre.

Sólo que...

—Dios mío... Dios mío, lo he matado yo... Yo he sido, yo lo he matado...

Los dos hombres del FBI alzaron la cabeza y parecieron clavar su mirada en la persona que estaba gimiendo aquellas palabras.

CAPÍTULO III

Era una muchacha muy joven. Unos veintidós o veinticuatro años, no más. Muy bonita, de aspecto dulce... Tenía los ojos de un espeso color azul, como intensificado, la boca dulce, de labios muy bonitos, alargados, llenitos por el centro; los cabellos parecían de paja quemada por el sol, y sus manos, muy blancas, sonrosadas, con un suave tono rojo en las uñas. Llevaba una bata de color azul, no muy nueva, y sin cerrar del todo. Debajo, se veía un vestidito fino, de verano...

Estaba sentada en uno de los sillones, inclinada hacia adelante. Se comprendía claramente que había estado llorando con auténticas ganas. Se había corrido el maquillaje de los ojos y los labios, y tenía la cara y las manos mojadas, como teñidas de azul-negro.

—¿Usted? —musitó Foster.

—Yo..., yo dispararé... Yo le..., le..., le maté...

Rompió a llorar con más fuerza, escondiendo de nuevo el rostro entre las manos. La bata se había abierto, y se veían unas rodillas menudas, graciosas, muy finas.

Los dos federales se incorporaron y se acercaron a la muchacha.

—¿Es usted Doris Davis? —preguntó Foster.

Ella alzó la cabeza y asintió con ella. Junto a Foster, el agente federal Fred Chapman se sintió de pronto como un gran dragón que está acorralando a la dulce princesa del cuento de hadas.

—Entiendo que usted estaba cumpliendo su trabajo, señorita Davis —continuó Foster—. En tales circunstancias, no es exacto afirmar que usted fue quien mató a Henry Dawson.

—Era... Él era un buen muchacho... Siempre me..., me contaba chistes, y..., y anécdotas... Nunca me he reído tanto... Él siempre decía que la vida..., que la vida era la..., la más divertida broma del

mundo... ¿Es usted de la policía?

—Más o menos, sí.

—Bien... Yo lo he matado, señor. Yo he sido, se lo juro.

Fred Chapman no pudo resistir más en su prolongado silencio.

—Querrá decir que fue usted quien apretó el gatillo de la pistola, señorita Davis.

—Claro... Sí, yo lo hice... ¡Yo he sido!

—Cálmese... —murmuró Foster—. Mi compañero tiene razón, señorita Davis. Una cosa es apretar un gatillo, y otra muy diferente es matar a una persona. Parece que todo sea lo mismo, pero no es cierto. ¿Usted tenía algo contra Henry Dawson?

Doris Davis miró a John Foster como si estuviese plenamente convencida de que aquel hombre estaba loco.

—¿Yo? ¿Contra Henry...? ¡No!

—¿Eran buenos amigos?

—¡Claro que sí! El... él era maravilloso... Era un actor más bien... mediocre, pero como persona no..., no he conocido otro hombre tan bueno como él...

—¿Eso tiene importancia para usted?

—Sí... Sí, señor... Nosotros, los artistas, actuamos tres o cuatro horas diarias... Pero quedan veinte horas más para vivir la verdadera vida... Y son..., son más horas de vida real que de actuación...

—Creo que la comprendo. ¿Puede decirme qué pasó exactamente?

—Que lo maté.

—Sí, sí... Pero ¿cómo?

—Llegué a donde estaba la pistola, la cogí, asomé la cabeza... Se suponía que estaba sorprendiendo al hombre que amaba, y que había jurado amarme, con otra mujer... Yo tenía que coger la pistola... En la obra, figura que la llevo en el bolso, porque..., porque vengo a..., a esta casa dispuesta a todo... Cogí la pistola, apunté a Henry al corazón... y disparé. Jessie gritó...

—¿Jessie es la primera actriz?

—Sí, señor... Ella gritó. Es..., es lo natural. Tenía que gritar, arrodillarse junto a Henry, cogerle la cabeza, llorar... Pero en vez de llorar, empezó a gritar, y..., y se levantó con..., con las manos llenas de sangre... Y yo vi la sangre en el pecho de Henry, y..., y...

Gerard Stuart se adelantó y tocó en un brazo de Foster.

—John, por favor...

—Sí... Está bien, Gerard... Comprendo lo que siente la señorita Davis, después de haber matado a un hombre.

—¿Piensas... acusarla de homicidio? —Palideció Stuart.

—No... Bueno, no lo sé... Es evidente que ella no es la asesina. Fue quien disparó, quien metió la bala en el corazón de Henry... Pero no es la asesina. Creo que esto es fácil de comprender.

—Desde luego. Y celebro que pienses así, John.

—Hay una cosa que me pregunto, Gerard. Si solamente tenía que oírse un disparo..., ¿por qué apuntó ella hacia Henry Dawson?

—Estás equivocado... Piensa que esta ventana está de cara al público. La ven desde toda la sala... Doris tenía que aparecer en ella, ser bien vista por el público. Habría sido... cómico que ella apuntase al techo. Seguramente, la gente se..., se habría reído si apuntando al techo en el momento del disparo, Henry Dawson caía «muerto» a los pies de Jessie.

—Claro... Tenía que apuntarle... Sí, lo entiendo. Eso entraba dentro de los cálculos del verdadero asesino.

—No está entre nosotros, John. En toda La Farándula no vas a encontrar a uno solo que pueda haber sido capaz de esto.

—Quiero hablar ahora con Jessie Gilbert, Gerard. Y te ruego que no vuelvas a intervenir a menos que te lo pida.

Gerard Stuart se mordió los labios.

—Está bien, John.

Foster esperó a que su viejo amigo se alejase unos pasos; entonces se volvió hacia el resto de los actores, que estaban juntos en un rincón del escenario. Los conocía bien, por los informes que semanas atrás le había facilitado el propio Stuart y por los informes diarios que Henry Dawson había ido facilitando a la Delegación de Buffalo. La mujer más llamativa, pelirroja, de ojos verdes y cuerpo exageradamente curvado en todos sus puntos, era Nelly Stone, actriz de mediana categoría, que hacía trabajos de poca importancia, salvo en las contadas ocasiones en que, por necesidades de la compañía, tenía que hacer papeles de segunda actriz, a la altura de Doris Davis. A su lado estaba Edgar Barnes, marido de Nelly y segundo actor con todos los honores de la compañía. Era un hombre rubio, atractivo, de ojos amables, azules.

Junto a él, Ralph Nichols, el apuntador y encargado del material de las diversas obras. Pequeño, calvito, delgado, con cara de ratoncito asustado... Luego, seguía Alfred Morris, primer actor de la compañía. Un hombre en verdad hermoso, varonil, de cabellos ondulados, ojos negros y rasgados... Muy varonil, ciertamente. Y atractivo. Debía tener treinta y cinco años, más o menos. Y a su izquierda, estaba Jessie Gilbert, la primera actriz de La Farándula; muy hermosa, muy elegante, segura de sí misma. Quizá tendría veinticinco o veintiséis años. Cabellos castaños, ojos del mismo color, figura espléndida, dorada la piel...

—¿Dónde está Ted Crane? —preguntó Foster.

—En New Haven —contestó Stuart—. Nuestra próxima parada es allí, y como siempre, Ted se adelantó, como representante, para buscar y contratar un lugar donde poder instalar el teatro.

—¿Cuándo salió hacia New Haven?

—Anoche.

—Ah, bien... Faltan también los tres chóferes, Gerard... ¿Dónde están?

—En los camiones. La Policía no quiso que nadie se moviese de sus sitios y no permitió que entrasen. Estábamos todos tan confundidos que no...

—Ya sé, ya sé... Luego hablaré con ellos. Ahora, en primer lugar, me gustaría hacerlo con Ralph Nichols. Pero no aquí, sino en su camerino. Y... quiero que los demás se vayan también a sus respectivos camerinos y que esperen allí a que yo vaya a interrogarlos. ¿Quiere ayudar a Chapman a que así se haga, teniente Mackey?

—Con gusto.

—Le espero aquí, luego. Quisiera cambiar con usted algunas impresiones finales.

—Está bien.

Foster miró a Chapman y le hizo una seña. El joven G-man

de la mandíbula belicosa asintió con la cabeza y se dirigió a una de las salidas del escenario. Los actores fueron pasando por su lado, abandonando el escenario, donde quedó John Foster, con el policía de uniforme... y el cadáver de Henry Dawson, agente del FBI muerto en acto de servicio..., por mucho que pudiesen decir las

demás personas involucradas en el asunto.

Foster se sentó en uno de los sillones del escenario decorado. Ante él quedó el patio de butacas plegables, las cortinas del estrecho vestíbulo. Las luces estaban apagadas, sólo quedaban las del escenario. Todo aquello le producía una impresión deprimente, triste..., casi sórdida. Encendió un cigarrillo y estuvo filmando, pensativo, hasta que Fred Chapman apareció ante él, sombrío.

—Están todos en sus camerinos, señor.

—¿Cree que habría sido mejor interrogarlos aquí, Chapman?

—No sé, señor...

—Le noto vacilante.

—Bueno... A veces, la visión de la víctima produce unos... extraños efectos de conciencia en el asesino. Es posible que, interrogando a todos a fondo en este lugar, las cosas nos resultasen más fáciles.

—Sí, es posible. Sin embargo, voy a decirle por qué he querido que todos saliesen de aquí. Esto, Chapman, es un escenario. ¿No?

Chapman parpadeó, un poco confuso.

—Sí, señor, lo es.

—¿Se encuentra usted... extraño con una pistola en la mano?

—No, señor. Es una de las cosas que mejor aprendemos.

—Exactamente. Usted, con una pistola en la mano se encuentra tan cómodo como un oficinista con su máquina de calcular, o un pescador con su caña... Esa gente, aquí, en el escenario, está en su ambiente... Mentir en este lugar les resultaría tremendamente fácil. Sólo tenían que hacerse a la idea de que estaban representando alguna de sus obras... En cambio, en sus camerinos, en su vida... normal, serán más ellos mismos que aquí. Quizá sea más fácil comprender cuándo dicen la verdad y cuándo mienten.

—Entiendo, señor. Me parece una buena idea.

—Gracias. ¿Quiere estar presente en los interrogatorios, o prefiere vigilar en el pasillo, detrás del escenario?

—Si me lo permite, quisiera estar presente en los interrogatorios, señor.

—Vamos allá. Empecemos por Ralph Nichols.

* * *

Ralph Nichols pareció asustarse cuando la puerta se abrió y los

dos hombres del FBI entraron en el angosto camerino. Pero, apenas cerrar la puerta tras ellos, sonó una llamada en la madera.

El propio Foster abrió la puerta, miró a teniente Mackey, y frunció el ceño.

—Ah, sí, teniente... Perdone, había olvidado que quería decirle algo.

—¿Qué es ello?

Foster salió al pasillo y cerró la puerta.

—Vamos a encargarnos los del FBI de todo el asunto. Avisaré a la Delegación de New Haven para que envíen un equipo investigador. Pero tengo entendido que el FBI está ocupado en exceso en los muelles de esa ciudad. Por tanto, le agradecería qué se encargase de los trámites de retirada del cadáver, una vez haya venido nuestro forense, el equipo de Huellas, etcétera... Hasta entonces, si no le molesta, quisiera que algunos agentes se quedasen por aquí, vigilando, supliendo la carencia de federales. ¿Le parece bien?

—Desde luego. Yo me encargo de todo eso, si quiere. Avisaré al FBI, en New Haven, arreglaré el asunto de la Morgue, dejaré unos policemen de vigilancia...

—Magnífico. Y muy agradecido.

—Siento lo ocurrido —musitó Mackey.

Foster asintió con la cabeza y volvió a entrar en el camerino de Ralph Nichols. Era pequeñísimo, apenas lo justo para moverse dentro... Un estrecho armario desmontable, una silla y una litera plegable eran todo el mobiliario; había una pequeña ventana que daba al exterior, con cristales de plástico. Ralph Nichols había bajado la litera, y estaba sentado en ella, fumando. Fred Chapman, en pie, lo miraba fijamente, en silencio.

—Señor Nichols —musitó Foster—, espero que comprenda lo grave de su situación.

—¿Có... Cómo..., cómo...? —tartamudeó el apuntador de La Farándula.

—Es evidente que alguien puso la bala en lugar del cartucho de salvas. También es evidente que la persona que más facilidades tenía para ello es usted. Mmm... Personalmente, me parece poco probable que la señorita Davis lo hiciese. Y, por otra parte, haría falta una sangre fría extraordinaria para disparar delante de

doscientas personas contra un hombre con una pistola que habíamos cargado nosotros mismos. En mi opinión, la señorita Davis carece de esa sangre fría, de esa... insensibilidad.

—Pero..., pero no puede acusarme a mí de eso, señor... ¡No puede acusarme!

—Puedo hacerlo. Pero prefiero conversar con usted. ¿Quién cree que pudo hacerlo?

—Pues... ¿Quién? ¿Se refiere a alguno de nosotros, a alguno de La Farándula?

—Naturalmente.

—Nadie, señor.

—Ah... Bueno, entonces fue alguien del público, ¿no?

Ralph Nichols quedó pensativo. Los dos federales vieron claramente la perplejidad que iba apareciendo en su rostro. Por fin, el apuntador movió negativamente la cabeza.

—No, señor... No pudo ser nadie del público...

—¿Está seguro?

—Pues sí... Bueno, siempre pueden pasar cosas raras, entienda... Pero me parece que eso habría sido imposible. Siempre quedamos varios entre bastidores. Esto es tan pequeño, que tenemos que vernos unos a otros, por fuerza, mientras esperamos actuar, o intervenir de un modo u otro.

—¿Usted estaba entre bastidores?

—No, señor. Yo estaba en la concha... Precisamente cuando actúa Jessie debo estar más atento que nunca, porque su memoria no es muy buena.

—¿Quién estaba entre bastidores?

—Todos. Excepto Jessie, Henry y yo. Ellos, en el escenario, esperando la actuación de Doris. Yo, en la concha, vigilando a Jessie. Los demás estaban en el pasillo.

—Entonces, debemos pensar que... Un momento. ¿En algún pasaje de la obra están todos los actores en escena?

Ralph Nichols volvió a quedar pensativo unos segundos, hasta acabar moviendo negativamente la cabeza.

—No, señor. Siempre queda alguno en el pasillo.

—Es decir, donde está la mesita de la cual toma la señorita Davis la pistola que, en la obra, se supone que lleva en su bolso... ¿Sí?

—En efecto.

—En tal caso, si alguien hubiese tocado la pistola, lo habrían visto los demás.

—Sí, señor.

—Emmm... Señor Nichols: temo que usted es el sospechoso principal... No pudo ser ninguno de sus compañeros, porque los demás lo habrían visto; no pudo ser nadie del público, porque siempre hay algún actor en el pasillo, de modo que habrían visto a esa persona. Debemos pensar que fue usted quien puso la bala en la pistola.

—¡No fui yo! Yo dejé la pistola con las balas de salva, como siempre que representamos La ventana. Luego me fui a la concha y ya no sé nada más... ¡No fui yo!

—Desde que usted coloca la pistola sobre la mesita hasta que se dirige a la concha del apuntador..., ¿transcurre mucho tiempo?

—Ni medio minuto. Dejo la pistola, voy a la concha, y casi en seguida comienza la función. Le repito que todos estamos juntos en el pasillo, esperando el momento de dedicarnos cada cual a nuestro trabajo.

—¿No comprende que esto es absurdo? —mascullo Foster—. Está bien claro que alguien tuvo que poner la bala en la pistola. Pero no fue usted, según dice. Tampoco pudo ser ninguno de sus compañeros. Asimismo, no pudo ser nadie del público, ya que lo habrían visto... ¡Y, sin embargo, había una bala en esa pistola, señor Nichols! ¡Alguien tuvo que ponerla!

—¡No fui yo!

—¿Quién, entonces?

—¡No lo sé!

John Foster quedó silencioso. Por fin suspiró profundamente, despacio.

—He terminado con usted, por ahora, señor Nichols. Le ruego que no se aleje de aquí sin consultarme. Buenas noches.

Ralph Nichols se puso en pie. Tenía los ojos muy abiertos, mostrando una expresión entre sorprendida y asustada.

—¿Debo... debo considerarme detenido?

—Por el momento, no.

—Pero usted ha dicho...

—Le he «rogado» que no se aleje de aquí sin consultarme. Por lo

demás, señor Nichols, puede usted hacer lo que le plazca. Y espero que si recordase algo interesante, me buscaría para informármelo.

—¿Interesante? ¿Qué quiere decir?

—Evidentemente, algo que nos ayude a esclarecer el caso. Adiós, señor Nichols.

—A... adiós...

Los dos federales salieron del camerino y cerraron la puerta.

—¿Cree que ha mentido, señor? —musitó Chapman.

—No sé. ¿Y usted, Chapman?

—Yo creo que sí. Bueno, alguien está mintiendo aquí, ¿no?

—Eso parece. Veamos quién sigue ahora. Estemos atentos: en cualquier momento, el culpable puede cometer un fallo. Y jamás me perdonaría no descubrirlo.

—Yo tampoco, señor.

CAPÍTULO IV

El turno siguiente le correspondió a los Barnes. Ella, Nelly Stone, de soltera; él, Edgar de nombre de pila. Nelly era la actriz de poca categoría que en ocasiones hacía papeles de segunda actriz; no parecía una chica feliz, a pesar de su innegable hermosura, que parecía rebosar por aquellos inmensos ojos verdes.

Los federales habían llamado a la puerta del camerino, se les autorizó a entrar, y cuando lo hicieron, vieron a la pelirroja ante el espejo de un tocador miniatura, cepillándose el cabello. Stie un detalle que no le gustó a los

G-men,

quizá porque revelaba una cierta frialdad, una notable insensibilidad en la mujer. Sentado en una sillita, estaba su marido, Edgar Barnes, fumando, mirándola pero sin verla. Sólo un instante, porque en seguida se volvió hacia Foster y Chapman, con expresión entre aburrida e irritada. Nelly se limitaba a mirarlos por el espejito del pequeño tocador. Los esposos Barnes compartían un camerino doble, que había sido habilitado por el simple procedimiento de quitar uno de los tabiques de separación.

—Está bien —musitó Barnes—: pueden empezar el interrogatorio cuando quieran. ¿Qué desean saber?

—Querido —dijo melosamente Nelly—: las damas primero. ¿No es cierto, señores policías?

—Creí que estabas ocupada maravillándote de tu hermosura, querida —replicó con reticencia Barnes.

—No creo parecerte tan bella como dices. Tú ya sabes.

—¿Qué es lo que sé? —Gruñó el marido.

—Oh, vamos... Mi pequeño amorcito ha perdido la memoria... Pero yo le recordaré las cosas. Nuestro matrimonio no es

precisamente un éxito —se quedó pensativa un instante, y de pronto se echó a reír—. ¡No es un éxito ni siquiera de taquilla, porque si yo soy mala actriz, tú eres peor actor!

—Podemos dejar esta discusión para luego, querida —sonrió Barnes como si le estuviesen clavando un cuchillo en las tripas—. Creo que a la Policía no le interesa nuestra vida privada. ¿Estoy en lo cierto, señores?

Foster y Chapman había ido mirando de uno a otro, viva la expresión, rápida y astuta la mirada. Ninguno de los dos actores se había alterado lo más mínimo mientras, al parecer, se disponían a cantarse unas cuantas verdades.

John Foster encogió los hombros ante la pregunta de Barnes.

—Estamos acostumbrados a oír muchas cosas de mucha gente, señor Barnes. Por nosotros no se detengan.

—Así es la Policía... —sonrió Barnes—. Les gusta chismorrearlo todo, saberlo todo. Si dos personas hablan, ellos escuchan, y así se enteran siempre de muchas cosas... sorprendentes.

—Es usted quien quiere hablar, señor Barnes. Y lo hace por gusto. Nosotros lo hacemos por obligación: es nuestro trabajo. Si alguien se pone a hablar, y nos ahorra a nosotros la molestia de hacerlo, se lo agradecemos y eso es todo.

Barnes alzó las cejas antes de sonreír de nuevo. Tendió el paquete de cigarrillos a los G-men.

—¿Un cigarrillo?

Chapman iba a mover negativamente la cabeza, pero Foster aceptó, y el agente hizo lo mismo, tras una rápida mirada de reojo a su superior. Le ofreció fuego, y los dos se quedaron mirando a Barnes, que señaló a su esposa, sonriendo. Nelly había vuelto su atención al espejo y continuaba cepillando su hermoso y brillante cabello rojo.

—Se cuida mucho —dijo—. Está convencida de que cuando pasemos por Hollywood, alguien la verá y le ofrecerá este mundo y el otro para que trabaje en el cine. Ilusiones... Ilusiones vanas de mujer medianamente hermosa.

—¿Medianamente? —rió Nelly—. ¡No pensabas eso cuando te casaste conmigo, querido!

—Es que quizá ahora veo una hermosura menos plena... por

dentro. Oh, respecto a la muerte de ese pobre chico, señores... Un accidente. Un lamentable accidente.

—¿Eso cree usted, señor Barnes?

—Sin duda. Estoy convencidísimo de ello.

—Ya veo... ¿Cómo explicaría usted ese accidente?

—Bueno... Digamos que el pobre Nichols se equivocó y puso una bala de verdad en la pistola. De este modo... ¿No?

John Foster estaba moviendo negativamente la cabeza.

—No, señor Barnes. Las balas de salvas tienen la boca del cartucho cerrada; las balas de verdad, en la boca del cartucho tienen... pues eso: una bala de plomo. La persona más desconocedora de cualquier clase de armas distinguiría perfectamente un cartucho de fogeo, o de teatro, de un cartucho cargado con bala de plomo.

—Vaya... Bien, en ese caso, la solución también es simple.

—Magnífico —sonrió secamente Foster—: ¿Cuál es esa otra solución suya?

—Alguien del público pudo llegar a la pistola y colocar la bala.

—Algunos de sus compañeros opinan que nadie del público pudo llegar a la pistola sin ser visto.

—¿Por qué motivo? Yo creo que todo es posible en esta vida. Supongamos que ese muchacho tenía algún enemigo que lo estaba buscando. Se enteró que trabajaba en La Farándula, nos estuvo siguiendo hasta encontrar una oportunidad..., y lo ha quitado de en medio sin comprometerse.

—Es un plan astutísimo —ironizó Foster—; no se nos había ocurrido, señor Barnes.

—Creo que se está burlando un poco de mí... —murmuró Barnes—. Y es posible que con razón. El resumen de toda mi charla, señor.

—Foster. John Foster, inspector.

—¿Inspector? —se asombró Barnes.

—Del FBI. Él es el agente Chapman. En cuanto a Henry Dawson, era también un agente especial del FBI, señor Barnes.

Los Barnes se miraron, por medio del espejo. Nelly quedó inmóvil, luego, mirando siempre por el espejo, a John Foster.

—¿Del FBI? —Casi tartamudeó Barnes.

—Así es.

—Pero... No entiendo... ¿Qué hacía Henry Dawson en La

Farándula, inspector?

—Viajaba. ¿Cuál iba a ser el resumen de toda su charla, señor Barnes?

—Bien... No sé... Creo que he sido un poco estúpido. Ahora, sabiendo esto...

—De todos modos, nos gustaría escucharle.

—Iba a decir que... Iba a insistir en que... Vaya, creo que ahora resulta incluso más razonable que antes mi teoría de que Henry tenía algún enemigo fuera de La Farándula... ¿No cree?

—Fuera, o dentro, señor Barnes. ¿Quién sabe?

—Entonces, llegaremos al final, al resumen de mi charla: nadie de La Farándula es capaz de matar a una persona, inspector. Eso es todo.

—Es que el asesino no ha sido quien ha matado a Henry Dawson.

—¿Cómo?

—El inspector Foster te está diciendo que la pobre Doris no tiene nada que ver en esto, querido. Ella fue quien apretó el gatillo, pero el asesino es quien puso la bala. Sólo la bala. Por tanto, eso ha podido hacerlo cualquiera... sin pasar por el difícil momento de disparar personalmente contra una persona. El inspector nos está diciendo bien claramente que, si bien puede admitir que ninguno de nosotros seamos capaces de matar, sí podríamos, en cambio, poner la bala... y dejar que otra persona apretase el gatillo. Eso es mucho más fácil, menos peligroso..., y no requiere tanto dominio de uno mismo, tanto valor.

—Magnífica exposición, señora Barnes —musitó Foster—. Y, en efecto, ésa es mi teoría.

—Lo entiendo ahora... —dijo Barnes—. Pero ni siquiera de eso seríamos capaces nadie de La Farándula. Como todo el mundo, tenemos nuestras cosillas, nuestras... rencillas, personales, si debo decirlo así... Pero matar. No, inspector, no. Usted está equivocando el camino.

Foster asintió con la cabeza, mirando ahora a Nelly.

—¿Ésa es también su opinión, señora Barnes?

—Por esta vez, estoy de acuerdo con Edgar.

—Bien. Una pregunta: ¿de quién es la pistola que se disparó contra Henry Dawson? ¿De uno de ustedes, o de La Farándula?

—De uno de nosotros. De Alfred Morris.

—Se supone que el señor Morris debe tener un cargador... con sus correspondientes balas... ¿No?

—¿Por qué no se lo pregunta a él?

—Es una buena idea. Buenas noches, señora Barnes, Señor Barnes...

Fred Chapman abrió la puerta del camerino y Foster salió. Apenas en el pasillo, Chapman se encaró con su jefe.

—¿Era necesario decirles que somos del FBI, señor?

—Por supuesto que no, Chapman.

—¿Entonces...?

—Quiero decir que no era necesario..., porque ellos ya lo sabían. Ellos, o el asesino. Si son personas honradas no perdemos nada diciéndoles que trabajamos en el FBI. Si no son honradas, no le quepa duda de que saben ya la verdad. Una verdad que le ha costado la vida a Henry.

—Entiendo... ¿Seguimos con Alfred Morris?

—Desde luego.

* * *

Alfred Morris estaba impecable, con su elegante batín de seda artificial. Era en verdad un hombre hermoso, atractivo. Parecía muy inteligente y seguro de sí mismo. Fred Chapman pensó que con aquella fachada y aquella sonrisa, Morris podría llegar a convencer a cualquiera incluso de que el mundo es cuadrado.

—¿Me han dejado para el último lugar? —sonrió—. No, no... Vamos de camerino en camerino, por orden de colocación, señor Morris. Eso es todo.

—Oh, bien... No les ofrezco asiento, porque, como ven, esto es tan pequeño que...

—No se preocupe. ¿Dónde compró usted su pistola, señor Morris?

—¿Mi...? ¿Se refiere a la pistola con la que...?

—Sí, a ésa me refiero.

—Bueno... Siempre me gustaron las armas. La compré hace... un par de años, en Baton Rouge. Cuando la compañía confeccionó la lista de todo lo que necesitábamos, se mencionó una pistola. Me pareció que debía ofrecer la mía... No empezamos muy holgados de

dinero, precisamente, y aunque no era demasiado dinero, cualquier ahorro...

—Entiendo, entiendo, señor Morris... Dígame: ¿para qué quería usted, personalmente, una pistola?

Alfred Morris frunció pensativamente el ceño. Parecía más bien sorprendido.

—¿Para qué? Para nada. Me gustan las armas, simplemente. Y como ex combatiente, tenía derecho a...

—¿Ex combatiente? —se asombró Foster.

—Corea.

—Oh... Pero la guerra terminó, señor Morris.

—Afortunadamente. Sin embargo, a mí continúan gustándome las armas. Por cierto: ¿podré recuperarla?

—Más adelante, espero que sí. De momento, vamos a necesitarla para algunas pruebas, toma de huellas... ¿Seguirá en posesión de ella, o la venderá?

—¿Por qué debo venderla? Yo no tengo la culpa de lo que ha pasado. Además, no soy el único en tener armas en La Farándula: Cecil Regan también tiene otra... Un «Colt» del veintidós, de cañón corto. No hacemos mal a nadie con ello. Un accidente puede...

—¿Se refiere a chófer de su «bus», señor Morris? ¿Él también tiene un arma?

—Sí. Con licencia, naturalmente. Los chóferes de camión están autorizados. Hacen viajes largos, a veces por carreteras solitarias... Cecil fue chófer de camión de transportes antes de ser contratado por La Farándula.

—¿Quién lo contrató?

—Mmm... Ted. Ted Crane, nuestro representante.

—¿El que está ahora en New Haven?

—Exactamente.

—Ya. Dígame una cosa, señor Morris: ¿cree usted honradamente que ninguno de los miembros de La Farándula pudo acercarse a la pistola y colocar la bala en ella?

—Pudimos hacerlo cualquiera de nosotros. O ninguno.

—¿Le parece que descartemos la posibilidad de que fue alguien del público?

—Desde luego. Sólo alguien de La Farándula pudo hacerlo... Y... Bueno...

Alfred Morris se calló, vacilante, parpadeando como confundido. Los dos federales cambiaron una rápida mirada.

—Diga, señor Morris.

—Es una tontería... No sé si pudo ser... Oh, claro que no...

—¿Por qué no nos expone esas... dudas?

—Es que... Vi a Cecil acercarse a la mesita donde dejamos la pistola... Juraría que lo vi por allí cerca. Miren, yo no quiero comprometerme con una declaración que no podría afirmar honradamente.

—¿Honradamente?

—Quiero decir que no podría asegurar que Cecil estuvo cerca de la... Bueno, sí que estuvo cerca, es cierto. Lo estuvo. Pero no podría asegurar que tocó la pistola en ningún momento.

De nuevo se miraron los

G-men.

—¿Cuándo entregó usted su pistola a Ralph Nichols, señor Morris?

—Hace días. Llevamos casi una semana representando La ventaría, y cuando termina la función, Nichols es el encargado de recogerlo todo. Es apuntador y regidor, se encarga de los utensilios.

—Sí, sí, ya sabemos eso. ¿Es el señor Nichols quien guarda también el cargador de su pistola?

—Ah, no, no... Lo tengo yo... ¿Quieren verlo?

—Si es usted tan amable...

Morris abrió el estrecho armario desmontable, y sacó de allí una maleta de piel que había en el fondo. La abrió y removió algunos objetos de uso personal, hasta encontrar el cargador, que entregó a Foster. Un solo vistazo le bastó al inspector del FBI para ver que el cargador estaba completo. Además, no se veía ninguna bala más nueva que otra. Todas tenían el mismo tono de plomo bruñido algo viejo ya. John Foster devolvió el cargador.

—Parece que existe otro cargador, señor Morris.

—Claro. Ése lo compró Ralph cuando yo dije que prefería conservar el mío con las balas. Era un gasto mínimo y nadie tenía por qué poner inconvenientes.

—Pero éste es el cargador de usted, no el que compró el señor Nichols.

—Sí, sí. Éste siempre lo conservo yo. Cuando dejamos de

interpretar La ventana, le pido a Nichols la pistola, le pongo el cargador y el seguro, y la guardo en esta maleta. Él se queda con el otro cargador, el que utilizamos para trabajar.

—Entendido. Ya no le molestamos más, señor Morris. Podríamos preguntarle si fue usted quien puso la bala, pero parece una estupidez por nuestra parte, ¿verdad?

—Verdad —sonrió Morris—. La respuesta sería siempre no, aunque yo la hubiese puesto.

—Claro —sonrió también Foster—. Bien, buenas noches... Oh, una cosa más, si me lo permite: ¿sabe usted qué es lo que ocurre en el matrimonio Barnes?

Alfred Morris frunció el ceño bruscamente.

—No creo que ésa sea cuenta de la Policía.

—¿Ni del FBI?

—¿Son ustedes del FBI? —exclamó el actor.

—Y Henry Dawson también lo era, señor Morris.

—Pero... No comprendo. ¿Qué es lo que...?

—Ha sido usted muy amable. Buenas noches, señor Morris.

Salieron al pasillo. La siguiente puerta correspondía al camerino de Gerard Stuart, que parecía muy impaciente y nervioso.

—John, tienes que acabar ya con esto... Ninguno de nosotros ha sido, y todo va a perjudicarnos mucho... No me mires así, no me refiero a asunto económico..., por el momento. Como es natural, esta noche no habrá función, pero sí tendremos que trabajar mañana, y todos los días. Los nervios...

—Los demás están mucho más tranquilos que tú —sonrió Foster—. Tranquilízate. Dime una cosa: ¿qué sabes de Cecil Regan?

—¿Regan? Es el chófer del «bus» para personal y equipos de trabajo en escenario. ¿Qué más quieres que sepa? Parece un hombre honrado y responsable en su trabajo.

—¿Dónde está ahora?

—Normalmente, estaría en Hartford, con los otros dos chóferes. Cuando no los necesitamos, se van a cenar por ahí, o a tomar unas copas. Pero ahora, como los demás, debe estar en su vehículo. Hay una litera allí, para su uso personal. Es un «bus» grande... En el camión con remolque hay dos literas, para Norval Hollinger y Jess Colley, los chóferes que se turnan cuando viajamos...

—¿Quién releva a Cecil Regan en vuestro «bus»?

—Cualquiera de nosotros. Pero, casi siempre, Alfred. Le gusta conducir.

—Sí... Hemos observado que al señor Morris le gustan las cosas recias, viriles. Es un hombre muy interesante. Pero, por favor, dime dónde está Cecil Regan ahora.

—En su vehículo. Se iban a marchar, pero ocurrió lo de Henry, y les dije que no se marchase nadie, que tenía que avisar a la Policía.

—¿La avisaste tú?

—Claro.

—¿Desde dónde?

—Hay un parador delante mismo de Riverside Park, muy cerca de aquí, cruzando North Meadows.

—¿Me llamaste también a mí desde ese parador?

—Claro. Primero a la Policía, y luego a ti. Llamé primero a la Policía local porque se había armado un gran revuelo en la sala, y...

—Está bien, está bien... ¿Tú sabes lo que ocurre entre los Barnes? Parece que no se entienden muy bien.

—¿Debo decirlo? —refunfuñó Gerard Stuart.

—Te lo agradecería.

—Pues... Bueno, Nelly está muy disgustada con Edgar. No vamos ahora a hacer hincapié en la belleza de Nelly: alta, hermosos ojos, un cuerpo perfecto... Sin embargo, Edgar Barnes y Jessie Gilbert, pues...

—Asombroso. ¿Son... amantes?

—Tú lo has dicho, no yo —gruñó Stuart.

—Está bien, hombre, cálmate. ¿Sabe eso toda la compañía?

—Edgar y Jessie no son demasiado discretos, en ocasiones. Es natural que Nelly haya notado algo..., o se haya enterado de todo. Personalmente, y durante nuestra estancia en Niágara Falls, vi a Jessie y a Edgar entrar solos en un motel... Quizá los demás los han visto en otras ocasiones... Incluida Nelly, naturalmente.

—Claro... Bueno, creo que voy a charlar un poco con Jessie Gilbert. Es el último actor que queda por interrogar. Luego, daré una vuelta por ahí fuera. ¿Vamos, Chapman?

Una vez más salieron al pasillo. Y cuando estaban ante la siguiente puerta, oyeron los sollozos, al otro lado.

—Ésa es Doris Davis —musitó Foster—. Sigamos.

—¿No la interrogamos?

—Ya lo hicimos antes, en el escenario. Además, en sus condiciones no podría ayudarnos gran cosa. Esperaremos a que se serene lo suficiente. Veamos a Jessie Gilbert.

* * *

Jessie Gilbert los recibió con una mirada de alerta, como si se pusiese en guardia. Era en verdad hermosa. Y, mirada detenidamente, con reflexión, era fácil comprobar que lo era aún más que Nelly Barnes. Ésta era más llamativa, más restallante, más... visible. Pero Jessica Gilbert era más elegante, más perfecta y de facciones mejor formadas. En cuanto a los grandes ojos castaños, no tenían nada que envidiar a los verdes de Nelly.

La primera pregunta que John Foster hizo, sorprendió incluso a Fred Chapman:

—¿Tiene Doris Davis buena puntería, señorita Gilbert?

La primera actriz de La Farándula quedó boquiabierta.

—¿Buena puntería? ¿Doris? ¿Qué..., qué pregunta es ésa, señor?

—Una pregunta como otra cualquiera —sonrió Foster—. Permítame: él es Fred Chapman, agente especial del FBI. Yo soy John Foster, inspector-jefe... del FBI, también, naturalmente.

—¿Del FBI?

—Henry Dawson también era un agente especial, señorita Gilbert.

—Dios mío... Pero no comprendo... ¿Qué tiene que ver eso con la puntería de..., de Doris? ¿Qué es lo que está pasando?

—Lo que está pasando es evidente, señorita Gibert, estamos investigando el asesinato de un agente del FBI.

—Pero si Henry era del FBI, yo no..., no comprendo.

—¿Qué más da? Aunque..., ¿en verdad no se le ocurre nada por lo que fuese... deseable la muerte de un agente del FBI que estaba trabajando como actor en La Farándula?

—Pe... pero... pero... Pero...

—Siéntese y cálmese, señorita Gilbert, se lo ruego. Cuando le parezca bien, contestará a mi pregunta: ¿tiene la señorita Davis buena puntería?

Jessica Gilbert se había sentado. Miró a Fred Chapman, como si esperase que éste la sacase de aquel apuro fruto de un visible desconcierto. Por fin, encogió los hombros.

—No lo sé.

—¿No lo sabe? Sin embargo, la señorita Davis ha disparado muchas noches contra Henry Dawson.

—¡Pero lo hacía con salvas...! Ella apuntaba, apretaba el gatillo, se oía un disparo... ¡y no salía ninguna bala!

—Ah, es cierto —pareció desconcertarse Foster—. Claro, claro, es cierto... Oh, bueno, entonces no hay modo de saber qué tal puntería tiene la señorita Davis. A menos... Sí, a menos que usted la haya visto disparar en alguna ocasión con balas de verdad.

—¿Doris? ¿Disparar Doris? ¿Contra quién?

—No sé... Quizá el señor Gilbert, o Cecil Regan, le dejaron alguna vez sus pistolas, mientras ellos hacían prácticas... ¿O no hacían prácticas ellos dos en ninguna ocasión? Quizá si se detenían en la carretera, en algún lugar apropiado... El señor Morris, por ejemplo, ha confesado que le encantan las armas. Por tanto, no tendría nada de extraño que hiciese algunas prácticas.

Jessica Gilbert estaba estupefacta.

—Jamás vi eso, señor Foster.

—¿Está segura?

—Naturalmente.

—Bien... Supongo que usted no tiene idea de quién pudo poner la bala en la pistola.

—No, señor. Pero sí estoy segura de que nadie de La Farándula haría eso.

—Entiendo que se aprecian ustedes mucho.

—Así es.

—Sin embargo, no debían apreciar tanto a Henry Dawson. Él era nuevo en La Farándula, no debía estar muy compenetrado con los demás.

—Henry era un buen muchacho. Y muy simpático. Todos lo apreciábamos mucho desde el primer día, cuando Gerard nos lo presentó.

—Ah... También era un buen actor, según creo... —¿Buen actor?— casi sonrió Jessica. —¡Oh, no...! Eso no... Era muy mediocre. No parecía un profesional. Bueno, ahora sé que no lo era. El... ponía mucha voluntad, pero no conseguía gran cosa. Alfred le preguntó hace algunos días a Gerard el porqué de tener un actor tan mediocre, casi malo, en la compañía, y Gerard dijo que se

desprendería de él a la primera ocasión, pero que, de momento, podían tener un poco de paciencia con él, con Henry...

—¿Y... tenían ustedes paciencia?

Jessica Gilbert sonrió débilmente.

—Henry era la clase de muchacho que, fuera del escenario, consigue que se olvide su falta de... talento artístico. Cuanto más lo pienso, más me convenzo de que todos lo queríamos mucho.

—Eso parece.

La actriz parpadeó, como si de pronto se le hubiese ocurrido algo que la sorprendía.

—¿Por qué estaba Henry en La Farándula, si era un agente del FBI? —preguntó.

—¿Usted no puede imaginarlo?

—¿Yo? No comprendo...

John Foster suspiró. Se sentía cansado, deprimido, triste. De pronto tenía la impresión de que estaba caminando en círculo, con lo cual era fácil comprender que no llegaría a ninguna parte. Siempre estaría en las mismas condiciones si seguía por aquel camino. Pero había sido necesario. Necesario... y al mismo tiempo inútil. Claro que aún quedaban Cecil Regan, el conductor del «bus» del personal de La Farándula, y Norval Hollinger y Jess Colley, los del camión con remolque que llevaba el teatro desmontado de un lugar a otro.

—Nada más, señorita Gilbert. Espero que ninguno de ustedes se marche de aquí sin consultarme. Posiblemente, mañana seguiremos con la investigación. Adiós.

Jessica Gilbert pareció a punto de decir algo, pero Foster volvió la espalda, porque sabía que la actriz quería hacer preguntas, y no estaba dispuesto a contestar a ninguna. Alguien de allí sabía muy bien lo que estaba pasando. Los demás no tenían por qué enterarse de nada... Y menos, por mediación suya.

CAPÍTULO V

—Parece que estamos desorientados, señor... —musitó Chapman—. A pesar de todos sus esfuerzos... extravagantes.

—¿Se ha dado cuenta?

—Al principio me sorprendió su pregunta. Luego lo comprendí bien, me parece. Usted quería saber si Doris era buena tiradora o mala. De ser mala, alguien podría haber puesto la bala en la pistola con la esperanza de que la pobre chica, al apuntar hacia Henry y Jessica, que estaban en el escenario..., acertase a Jessica. ¿Sospecha usted de Nelly Barnes, quizá?

—No de un modo especial. Pero alguien puso la bala y entre mil motivos podría ser el de los celos. Si Doris Davis no sabe disparar, pero apunta a Henry, era posible que la bala acertase a Jessica Gilbert, la mujer que está... arrebatando el marido a la pelirroja. Pero, además, hay otra cosa, Chapman, quería...

—Quería usted saber si Alfred Morris lleva más de un cargador en su equipaje. Y el mejor modo de saberlo era preguntar si hacían prácticas en algún sitio.

—Magnífico, Chapman. Es claro que si Morris tenía más balas, cualquiera de La Farándula pudo conseguir una. Pero si sólo tiene ese cargador, como parece, la bala que mató a Henry ha sido comprada en algún lugar por alguien.

—Investigar eso va a ser... agotador, señor.

—Temo que habrá que hacerse. Trazaremos la ruta que ha seguido La Farándula desde que Henry entró en ella. Y habrá que ir investigando, población por población, si alguien, en alguna armería, compró esa clase de cartuchos. Agotador, es cierto.

—Lo haremos, señor. ¿Y ahora...?

—Ahora iremos a ver a los chóferes... Espere. Parece que han

llegado.

Se acercaron a una de las entradas al escenario y, en efecto, vieron a varios hombres que entraban en el teatro, con máquinas fotográficas y otros aparatos. Uno de ellos se dirigió inmediatamente hacia Fred Chapman, agitando una mano.

Se reunieron en el patio de espectadores y Chapman señaló al hombre que le había saludado.

—Perry Griffin, señor: jefe del equipo de Huellas de nuestra Delegación en New Haven. Perry, él es el inspector-jefe de Buffalo. Él y yo estamos...

—Ya sé todo eso, hombre. ¿Cómo está, señor? —Estrechó la mano de Foster—. Hemos venido como centellas en cuanto nos avisó la Policía de aquí de que teníamos que llevarlo todo nosotros.

—Ha sido decisión mía, naturalmente. No vamos a dejar que sean otros los encargados de investigar la muerte de un agente del FBI.

—No, señor. Por supuesto que no. Emmm... Afuera hay una ambulancia. Supongo que está de acuerdo en que el cadáver sea llevado a la Morgue de Hartford.

—Claro.

—Bien... Nos encargaremos de todo. Hemos traído un equipo móvil, señor. Esperamos serle de utilidad en muy poco tiempo... Nos pondremos a trabajar en seguida. ¿Puedo ordenar que levanten el cadáver cuando estemos listos de las fotos?

—Sí, sí... Procedan según costumbre.

—Estupendo. ¿Vienes, Fred?

—No. Estoy con el inspector Foster en la investigación verbal.

—Ah... En eso te pintas solo. Hasta luego.

Perry Griffin se alejó de ellos y empezó a dar órdenes a los demás hombres del FBI que componían el equipo de Huellas. Foster se dirigió a un rincón del teatro, estuvo irnos minutos contemplando el movimiento de los

G-men,

los fogonazos de los *flash*, la toma de medidas, enfoques...

De pronto, giró la cabeza hacia Fred Chapman.

—Es usted muy silencioso, Chapman.

—Bueno...

—El agente Griffin parece considerar que es usted un buen

investigador verbal. ¿Por qué no ha intervenido en mis interrogatorios a los actores?

—Usted lo hacía bien, señor —sonrió Chapman—. Espero serle de auténtica utilidad si llegase el momento de llevar las cosas al terreno desagradable. Aunque... tampoco en eso parece que necesite mucha ayuda, señor.

—Pero siempre es de agradecer... —sonrió desganadamente Foster—. ¿Le parece que vayamos a interrogar ahora a los chóferes?

—Sí, señor.

—Pero será usted quien lo haga.

—Pero estando usted...

—Es una orden.

—Bien, señor.

Salieron del teatro. Los dos grandes vehículos de La Farándula estaban a unas setenta u ochenta yardas... Pero la ambulancia estaba allí mismo, delante de ellos, frente a la entrada al teatro desmontable. John Foster quedó como clavado en el suelo, mirándola; y Fred Chapman permaneció a su lado, en silencio, comprendiendo muy bien lo que sentía el inspector-jefe. El, por su parte, lamentaba profundamente la muerte de un compañero; era lógico, natural. Pero John Foster, además de esa pena natural en cualquier agente del FBI, cuando se entera de la muerte de un compañero, había convivido con ese compañero, con aquel muchacho llamado Henry Dawson y que, según opinión general, había sido extraordinariamente simpático y amable. No sólo había convivido con él, sino que había sido su superior, le había encargado de aquel trabajo.

Sí. Era muy fácil comprender el sombrío, triste silencio de John Foster, su mirada a la ambulancia, su inmovilidad... Seguramente, Foster estaba mentalmente lejos de allí, quizá recordando algún momento vivido con el simpático Henry Dawson.

Al cual sacaban entonces en la camilla. Un hombre con un maletín se acercó a Foster y Chapman.

—¿Inspector Foster?

—Sí...

—Una bala del nueve largo en el corazón. Nada más que eso. No parece que haya nada raro por ningún lado. De todos modos, le pasaré el informe.

—Gracias.

Nada más que eso... Una bala del nueve largo en el corazón... «Nada más que eso».

Foster fue hacia la camilla y los dos camilleros se detuvieron en su primer movimiento para colocarla dentro de la ambulancia. El inspector federal alzó la blanca sábana que ahora cubría el cadáver y estuvo unos segundos contemplando aquel simpático rostro cada vez más frío, más congelado, más agarrotado. Dejó caer la sábana y se volvió.

Chapman, siempre a su lado, hizo una seña a los camilleros, que metieron la camilla en la ambulancia. Se oyó el rechinar de hierros, el desplazamiento de la cancilla... Luego, el chasquido de las dos puertas de atrás al cerrarse...

Foster, de espaldas a la ambulancia, alzó de pronto la cabeza y miró a Chapman. Su voz sonó ronca, áspera:

—Bien... ¿Qué estamos esperando, Chapman?

—Cuando usted quiera, señor.

Foster señaló hacia los dos grandes vehículos estacionados en un rincón de Riverside Park, y los dos echaron a andar hacia allí. Cuando estaban a menos de quince yardas, un policía de uniforme apareció ante ellos.

—¿Adónde van?

Chapman mostró su placa del FBI y el policeman asintió con Ir cabeza. Estaba bastante aburrido, según parecía. Lo cual tenía su lógica, ya que todo lo importante estaba ocurriendo lejos de él, en aquel teatro desmontable tan pintoresco.

—¿Alguna novedad? —preguntó Chapman un tanto acremente.

—No.

—¿No se ha acercado nadie, ni ellos han querido marcharse?

—¿Marcharse? Yo creo que están durmiendo como osos en invierno. ¿Quieren que vaya con ustedes?

—No se canse —rechazó Chapman.

Se sentía un poco irritado. En el fondo, admitía la conducta del policía de uniforme. Al fin y al cabo, nada parecía que aquel lugar fuese ni tan siquiera distraído. Y vigilar a dos hombres en un camión y a otro en un «bus» mixto, todos los cuales se dedican a dormir, era un poco exasperante.

Primero estaba el «bus» mixto. Chapman lo señaló, y Foster

movi6 la cabeza afirmativamente, aunque murmurando:

—Casi los dejaría tranquilos. No vamos a sacar nada en limpio, Chapman. Si los actores no sabían nada, menos sabrán esos tres hombres, l6gicamente.

—Es de temer, se6or. Pero nosotros no podemos adelantar conjeturas.

—Lo s6... Parece usted un buen agente, Chapman... Se toma en serio las cosas. Mmm... Me dijo usted que cuando vino a buscarme al aeropuerto hacía dos horas que había terminado otro trabajo. ¿Qué trabajo?

—Un caso corriente de sabotaje en los muelles.

—¿Sabotaje? ¿Corriente? ¿Qué pas6?

—Al final, tres hombres quisieron matarme. No tuvieron suerte.

—SÍ... Ya veo. ¿Qué pas6?

—Tuve que matar a dos y romperle un brazo al tercero. Fue muy desagradable... No parece que haya nadie en este «bus», se6or.

—Estará durmiendo. Suba a echar un vistazo a la litera...

Fred Chapman había abierto ya la alta portezuela y tenía un pie en el no menos alto estribo del enorme vehículo. Prob6 la manilla, que cedi6 en seguida. Entr6 en la cabina de conducci6n...

Apareci6 cinco segundos m6s tarde.

—Suba, se6or.

—¿No est6 Cecil Regan?

—Suba.

Foster subi6 al vehículo. Chapman apagaba en aquel momento una cerilla... Agit6 los dedos, fastidiado, mientras buscaba la luz de la batería. Estaba a un lado de la portezuela, por encima del volante. La encendi6, mir6 a P6ster y se6al6 la litera que había detr6s del volante.

—Cecil Regan est6 aquÍ, se6or.

No se había alterado lo m6s mÍnimo. Tampoco John Foster se alter6 cuando mir6 hacia la litera. Al menos, aparentemente. Se qued6 mirando en silencio al hombre que yacía allí. Su mano derecha colgaba fuera de la litera. Parecía dormido, pero a la luz de la cabina se veía con estremecedora claridad el negruzco, agrietado e hinchado orificio que tenía en la sien derecha.

—Est6 muerto, se6or.

Foster puso una mano sobre el coraz6n de Cecil Regan.

Chapman había encendido otra cerilla, y se había inclinado junto al alargado asiento de plástico. Volvió a quemarse y gruñó algo. Encendió otra cerilla, casi tirado en el piso de la cabina, metido bajo, los asientos... Foster había dejado de interesarse por un posible resto de vida en el cuerpo de Regan y miraba al agente especial del FBI.

—¿Hay algo, Chapman? ¿Qué busca?

Fred Chapman salió de debajo de los asientos, contorsionándose difícilmente. Era un hombre de gran envergadura y aquellas incursiones por semejantes sitios le resultaban difíciles. Se incorporó cuanto pudo y se sentó sobre el plástico. En su mano izquierda sujeta entre dos dedos protegidos por el pañuelo había una pistola. Foster se quedó mirándola, parpadeando. La olió.

—Un «Colt» del veintidós... Parece que ha sido disparado no hace mucho, Chapman.

—Si le parece bien, iré a buscar a Perry. Ha traído un laboratorio móvil y podrá decirnos exactamente lo que nos interesa.

—De acuerdo... ¿Qué opina usted, Chapman?

—No sé... Parece un suicidio... ¿Verdad, señor?

—Sí... Lo parece... Este hombre subió al «bus» se tumbó en la litera... Dios sabe lo que llegó a pensar y por qué motivo decidió quitarse la vida... Pero las evidencias del momento nos señalan un claro suicidio. ¿No, Chapman?

—No sé, señor.

—Oh, vamos, no sea tan... escueto, Chapman. Usted no es un agente corriente, según voy entendiendo. ¿Qué opina realmente de esto?

—Me estoy poniendo en situación, señor. Veamos... Se comete un asesinato... No, en principio, no había por qué calificarlo de asesinato, según parece. Digamos que ocurre un accidente en el escenario... Gerard Stuart llama a la policía. Luego nadie puede salir de aquí..., es decir, marcharse del teatro. Los chóferes reciben la orden de venir a sus vehículos y esperar aquí... En realidad, se obliga a permanecer a todos los personajes en su lugar... habitual de trabajo. Todos parecen muy tranquilos, se portan correctamente, con calma. Pero Cecil Regan, después de conocer la muerte de Henry Dawson, viene a su «bus», se acuesta en la litera, saca su pistola... y se pega un tiro en la sien... ¿Puedo ir a buscar al

forense, señor? Si se marcha, perderemos mucho tiempo.

—Vaya en seguida.

Fred Chapman dejó la pistola sobre el asiento, saltó por la otra portezuela, sin tocarla directamente, utilizando el mismo pañuelo, y casi echó a correr hacia la fachada principal del teatro desmontable.

Apenas quince segundos después, el forense del FBI, traído expresamente de New Haven, aparecía en el gran estribo del «bus».

—¿Puedo subir, inspector?

—Sí... ¿Y Chapman?

—Viene en seguida.

El forense entró en la cabina. Abrió su maletín, sacó una linterna y durante un par de minutos se dedicó a examinar el cadáver, sin tocarlo apenas, como si sus dedos fuesen de aire. Foster veía la luz apuntando al rostro de Cecil Regan, los ojos, la herida, la mano derecha que colgaba... Por fin, el forense se incorporó lo mejor que pudo.

—¿Suicidio? —musitó Foster.

—Parece que sí. Mmm... Quiero examinar detenidamente este cadáver, inspector. Hasta entonces, no me comprometo en ninguna de mis respuestas.

—¿Por qué?

—No quiero comprometerme.

—Lo entiendo... Ah, Chapman, ¿qué...?

—He traído a Perry y a los demás, señor. Si usted lo permite, ellos intentarán encontrar algo interesante.

Foster veía la cabeza de Chapman por la abertura de la portezuela. Sin decir palabra, se apeó del vehículo. El forense lo hizo por el otro lado, pero se reunió con ellos, tras rodear el morro del «bus».

—Se diría que es un suicidio, Fred —dijo.

—Pero ¿no lo es?

—Hombre, no sé... Todos los datos están de esa parte. No voy a asegurar nada de un modo tajante, pero sí digo, por el momento, que es suicidio. Le he pedido permiso al inspector Foster para examinar detenidamente el cadáver.

—Ah, bien... ¿Tendremos que esperar veinticuatro horas, «doc»?

—Por ser tú, lo tendrás todo listo dentro de un par de horas... Haré lo posible, al menos. ¿Intervienen las drogas en esto, Fred?

—¿Por qué? —preguntó vivamente Chapman.

—Es una pregunta, hombre.

—Sí... Intervienen las drogas. Concretamente, cocaína.

—Ah, magnífico, magnífico... ¿Estarás aquí?

Chapman miró a Foster, el cual asintió con la cabeza.

—Sí, «doc». Esperamos aquí su informe.

—Hasta luego entonces... Mmm... Quisiera que ese hombre fuese llevado cuanto antes a la Morgue. Lo contrario sólo significará pérdida de tiempo.

—Esperemos que Perry y los demás acaben pronto. ¿Ha venido usted en su coche?

—Sí.

—Vaya para la Morgue y empiece a prepararlo todo. Lo más pronto posible tendrá allá los dos cadáveres.

—De acuerdo, Fred.

El forense se alejó. Foster y Chapman quedaron solos junto al «bus» mixto, dentro del cual se veían fogonazos de «flash», luces...

—Tienen para un rato, señor... —musitó Chapman—. ¿Le parece que vayamos a ver a los dos chóferes restantes?

* * *

Estaban los dos sentados en el asiento delantero, fumando. Uno de ellos abrió la portezuela apenas los dos federales aparecieron cerca del camión.

—¿Qué pasa ahora? —dijo, evidentemente molesto.

—Bajen —ordenó Chapman.

Eran dos tipos altos, recios, de fuertes brazos y manos grandes y nervudas. Llevaban cazadoras de paño, camisas a cuadros. En absoluto se molestaban en disimular que estaban irritados.

—Alguno estuvo con Cecil Regan en su «bus» —dijo rápidamente Chapman—. ¿Lo vieron?

—¿Qué demonios dice?, ¿y cómo quiere que sepamos quién ha estado con Cecil en su cacharro?

—¿Cuánto hace que están ahí sentados?

—Desde que el señor Stuart nos lo ordenó. Siempre nos marchamos a mitad de función, pero entonces murió ese chico simpático y el señor Stuart nos dijo que teníamos que quedarnos. Luego llegó la policía...

—¿No se han movido del camión desde entonces?

—No. Y cuando no se conduce, no hay sitio peor para un chófer que el asiento de un camión que...

—Si no se han movido de ahí, tienen que haber visto a la persona que ha estado con Cecil Regan en su camión.

—Nadie ha estado con Cecil. Al menos, nosotros no lo hemos visto... ¿Eh, tú, Jess?

—Yo no he visto a nadie... —aseguró Jess Colley—. ¿Qué pasa?

—Reflexionen. ¿Seguro que nadie ha subido al camión de Cecil Regan desde que el señor Stuart les dijo a los tres que esperasen dentro de los camiones?

—Seguro.

—¿No se han dormido?

—¿Qué dice usted, maldita sea...? ¡Claro que no hemos dormido!

—Vuelvan al camión.

—¿Al camión? ¡Oiga, esto me está pareciendo una...!

—Vuelvan al camión y no se muevan de ahí.

Los dos chóferes empezaron a refunfuñar, pero Chapman empujó a Foster de un brazo, suavemente. Los dos se alejaron, hacia el policía de uniforme que había estado encargado de la vigilancia de los vehículos.

—¿Alguien estuvo en alguno de los camiones? —preguntó Chapman.

—No.

—¿Nadie visitó especialmente al chófer del «bus» mixto?

—No.

—Fíjese bien... —dijo secamente Chapman—. No se trata de lo que usted haya visto o no, sino de la posibilidad de que alguien estuviese en el «bus»... ¿Cree que alguien pudo subir a la cabina por el otro lado, sin que usted lo viese? ¿Cree que alguna persona ha podido tener esa ocasión?

—Bueno... Quizá sí.

—Sin quizá. ¿Sí o no?

—Supongo que alguien pudo subir.

—Pero usted no lo vio.

—No vi a nadie.

—Entonces podríamos creer que...

—¡Fred!

Chapman se volvió hacia el camión. Le hizo una seña al policeman, dándole a entender que nada más tenía que hablar con él, y señaló hacia el camión, mirando a Foster.

Cuando los dos llegaron allí, Perry Griffin estaba junto al vehículo, con la mano derecha tendida hacia delante, como si estuviese pidiendo limosna.

—¿Qué hay, Perry?

—Oye, bésame la mano...

Foster alzó las cejas, pero Chapman se inclinó sobre la mano de su compañero de Delegación y pasó suavemente la punta de la lengua por la palma. Cerró los ojos y pareció paladear algo. Luego señaló la mano de Griffin, mirando a Foster.

—¿Usted gusta, señor?

John Foster imitó al agente especial. Después de haber hecho lo mismo, su gesto se tomó aún más sombrío.

—Cocaína... —musitó—. ¿Dónde estaba, Griffin?

—Detrás del asiento. Demonios, señor, usted y Fred son únicos... Apenas hemos encontrado una milésima de grano... Nada, en realidad... La tuvimos que recoger con el aspirador...

—Ya sé... ¿Qué más hay?

—De momento, nada. Bueno, hay un montón de huellas, claro, pero eso no puede sorprendernos, supongo. Todos los de este grupo de cómicos han podido estar en esa cabina un momento u otro. En cuanto al hombre muerto, yo diría que se ha suicidado.

—Es absurdo... —musitó Foster—. Todo esto es absurdo...

—¿Café, señor? —propuso Chapman.

—¿Cómo?

—Lo invito a café... —sonrió el

G-man

—. Mientras Perry, el forense, y los demás, se dedican a trabajar en todos los detalles y huellas, nosotros podemos descansar un par de horas, charlando del asunto... Creo que hay un parador al otro lado de North Meadows: podemos ir allá.

—Es una buena idea, Chapman —casi sonrió Foster.

* * *

Casi a la una de la madrugada, John Foster y Fred Chapman, en

el escenario del teatro propiedad de La Farándula, tenían ocasión de ordenar todos los elementos de que disponían. Y de este modo, se fue llegando a las siguientes conclusiones:

Henry Dawson, agente especial del FBI, entra a formar parte de La Farándula, buscando a una o varias g personas, probablemente de esta compañía de actores, que se dedican al tráfico y distribución de cocaína. Durante un par de semanas nada ocurre. Ni siquiera se nota, como había ocurrido hasta entonces, una gran influencia de drogas en los lugares por donde pasa La Farándula. Evidentemente, esto es debido a que el culpable sabe que Henry Dawson es un agente del FBI que está tras su pista con bastantes probabilidades de encontrarlo. Pasan los días, el culpable se desespera, se impacienta... En un momento dado, Henry Dawson, un eficaz y astuto federal, lo descubre, o está a punto de hacerlo. Entonces, el culpable del tráfico y distribución de la cocaína decide... cortar por lo sano.

¿Solución?: la muerte del

G-man

Henry Dawson.

El culpable de todo esto es Cecil Regan, el conductor del gran «bus» mixto que transporta a la compañía y sus prendas más personales... Según declaración de Alfred Morris, primer actor de La Farándula, Cecil Regan estuvo cerca de la pistola que Doris tenía que utilizar en la representación de la obra llamada La Ventana. Pone una bala en la pistola. Luego se dispone a marcharse de allí, pero no puede hacerlo. Se ve obligado a permanecer en su vehículo de trabajo. Finalmente, desesperado, se suicida.

Ahora bien, era necesario aclarar ese grado de desesperación que había obligado a Cecil Regan a suicidarse. La solución es harto sencilla y evidente: el informe forense indica claramente que Cecil Regan era un adicto a las drogas, cosa que había creído vislumbrar al primer vistazo al cadáver; la autopsia lo confirma. Pero, debido a la vigilancia de Henry Dawson, Regan, adicto a las drogas, no puede proveerse de éstas; y he aquí un motivo más para querer deshacerse del agente federal. Mas, por culpa de éste, las personas que estaban en contacto con Regan en el asunto de las drogas se han esfumado. Ya no quieren tratos con Regan. Y éste, tras organizar la muerte de Dawson, ya completamente desesperado y desquiciado por la falta

de drogas, se suicida. La pista complementaria a todo esto, la definitiva, la proporciona el hallazgo de cocaína detrás del asiento de Regan. ¿Quién mejor que el chófer de La Farándula para llevar drogas de un lado a otro? Un ligero polvillo de esas drogas ha ido quedando tras el asiento..., y el FBI lo encuentra.

La conclusión final era por demás obvia: descubierto, sin drogas y, por tanto, desequilibrado, sabiendo que nadie querrá entrar en contacto con él para proporcionárselas porque está vigilado por el FBI, Cecil Regan estalla, no puede soportar la tensión, la angustia, el odio hacia el federal... En la pistola de Alfred Morris aparecen sus huellas además de las de Ralph Nichols y Doris Davis. Y aquellas huellas no tenían por qué estar allí. Muy bien que estuviesen las de Morris, Nichols o Doris Davis, tres personas que por motivos de trabajo o propiedad tocaban aquella pistola. Pero... ¿por qué tenía que haberla tocado Cecil Regan? La solución es tan simple, que todos tienen que comprenderla: para poner la bala que acabará con la vida de Henry Dawson o, cuando menos, con su vigilancia durante unas semanas. Quizá pueda huir, esconderse... Y seguir encontrando cocaína para sus necesidades personales, si no ya para distribuirla por todos los lugares donde pasa La Farándula.

Tras todas estas consideraciones, John Foster cerró la carpeta donde estaban las fotos, los informes, las huellas...

—El caso ha terminado —musitó.

Durante unos segundos, nadie se movió. Luego, en silencio, todos fueron abandonando el escenario..., hasta que sólo quedaron John Foster, Fred Chapman y Gerard Stuart.

Éste carraspeó, se movió como si estuviera incómodo, y musitó:

—Lo siento, John.

El inspector del FBI lo miró extrañado.

—¿Qué es lo que sientes?

—Bueno... Todo esto... Te dije que nadie de La Farándula podía ser el culpable, y resulta que uno de nosotros...

—Un chófer. Por otro lado, Gerard, era lógico e indiscutible: tenía que ser uno de vosotros.

—Lamento la muerte de ese muchacho —se mordió los labios Stuart.

—Ha sido uno más —dijo, casi sin voz, Foster—. Uno más de los que caen en beneficio de los ciudadanos honrados y normales.

Creo... Creo que si de cuando en cuando no cayera uno de nosotros, Gerard, los ciudadanos como tú..., los ciudadanos honrados, creerían, al final, que les estábamos tomando el pelo, y que el presupuesto para el FBI era un gasto inútil; hemos cortado el suministro de drogas a muchas personas. Esperemos que algunas de ellas sepan aprovechar el momento y hacer lo posible por curarse de su vicio. Nos habría gustado encontrar a quienes le proporcionaban las drogas a Regan para que las distribuyese, pero, claro, muerto Regan, eso es del todo imposible. Algo es algo. Y... espero que tengas más cuidado en lo sucesivo, Gerard.

—¿Más... más... cuidado...?

—Respecto a la gente que contratas.

—Ah... Oh, sí... ¡Sí! Mira, John, yo siento que...

—Ya está bien. Te ha ocurrido a ti, a mí..., a la... a La Farándula en peso. Vamos a olvidarlo. Quizá me esté esperando en el aeropuerto el piloto que me trajo desde Buffalo... ¿Me lleva allá, Chapman?

—Con gusto, señor. Oh, pero antes... Bueno...

—¿Qué ocurre?

—Ejem... Si no le importa, señor..., ¿podría esperarme unos minutos? Me gustaría despedirme de esa chica, Doris Davis... Estaba tan asustada... Quisiera tranquilizarla y...

—Es muy bonita... —sonrió Foster—. Durante diez minutos, Gerard y yo estaremos hablando de nuestros viejos tiempos... ¿Suficiente, Chapman?

—Sí, señor... —sonrió el

G-man

—. Gracias, señor.

CAPÍTULO VI

—Oh... —musitó Doris Davis, asustada—. Usted... ¿Qué... qué...?

—¿Puedo pasar, señorita Davis? —sonrió el G-man.

—Pues... Iba a acostarme... Bueno, es una tontería, porque no podré dormir hoy... Ni en muchos días... Sí... Oh, sí, pase...

Llevaba la misma bata azul que horas antes en el escenario, cuando estuvo llorando. Pero Fred Chapman habría jurado que debajo no llevaba precisamente el mismo vestidito que requería la representación de La ventana. No había estado antes en aquel camerino, y ahora le pareció diferente a los demás, más risueño, más infantil, quizá.

—Yo... yo... yo... tengo algo... algo de beber... ¿Quiere un...?

—No, gracias, señorita Davis.

—¿No... no pueden beber...?

—Podemos, cuando hemos terminado el trabajo. Con mesura, naturalmente, pero podemos. Lo que ocurre es que no me apetece. De todos modos, gracias.

—De... de nada...

Se quedaron mirándose los dos. No parecían saber qué decir. La muchacha se sonrojó, de pronto, y señaló la sillita del camerino.

—¿Quiere sentarse? Yo me sentaré en la litera.

Lo hizo. Chapman se sentó en la sillita. Estuvieron unos pocos segundos más indecisos, mirando a todos lados... El G-man

sacó su paquete de cigarrillos.

—¿Un cigarrillo? —ofreció.

—Sí... Sí, gracias...

Le dio fuego. Se quedó mirándola, con una amable sonrisa en la

gran bocaza varonil, casi simpática en ocasiones.

—Parece que tenga usted miedo de mí, señorita Davis.

—No, no... Le aseguro... Bueno, sí, un... un poco...

—¿Por qué?

—No sé... Todavía no... no me creo eso de que no me lleven presa para... para juzgarme por... por asesinato...

—¡Asesinato! —exclamó Chapman—. ¡Qué cosas se le ocurren! En el FBI aprendemos casi en primer lugar a distinguir a los inocentes de los culpables.

—Pero yo maté a Henry...

—De ninguna manera. Mire... Supongamos que yo hubiese aceptado ese trago que me ha ofrecido. Y supongamos también que alguien sabe que usted va a invitarme a beber, y envenena el *whisky*, o lo que sea. Usted me lo ofrece, yo bebo... Y muero. ¿Sería usted la asesina?

—Pero yo... yo... yo no... no tendría la culpa de eso...

—Exacto. Lo mismo ha ocurrido con el asunto de Henry Dawson. Se lo pondré más claro aún: el inspector Foster y yo congeniamos. Es un hombre un tanto... adusto, pero excelente. Congeniamos. Yo le invito a mi apartamento en New Haven, le invito a una copa... Pero alguien había envenenado el *whisky* para matarme a mí. El que muere es el inspector Foster... ¿Usted cree que la ley podría culparme a mí?

—No, señor...

—¿Se da cuenta?

—No sé... Sí, creo que sí... Usted es muy amable, señor Chapman. Me está tranquilizando mucho...

—A eso he venido... —sonrió amistosamente el G-man

—. Bueno, no quiero ser embustero sin necesidad y... Bien... Entiendo que de aquí irán ustedes a New Haven.

Doris Davis abrió mucho los ojos.

—En efecto... ¿Por qué?

—Esto... Vaya, yo vivo allí, ¿sabe? Emm... Sí, tengo allá un apartamento... No es gran cosa, claro... ¿Estarán mucho tiempo en New Haven?

—Depende del taquillaje, como siempre.

—Claro... Bueno, yo he pensado...

—Diga, señor Chapman.

—He pensado que me gustaría ir a verla actuar y... Bien, no es que yo lo tenga por costumbre... Quiero decir que no suelo salir a cenar con chicas, pero...

—¿Me está invitando a cenar, señor Chapman?

—Pu... pues... Mi intención... Sí, ésa era mi intención... Claro que si usted no puede... Estoy diciendo tonterías, ¿verdad?

—Yo creo que no.

—¿Aceptaría cenar conmigo alguna noche? —exclamó Chapman.

—¿Por qué no?

—Oh, pues... No sé... Me pareció... Bueno, usted es tan bonita, que yo... Demonios, creo que parezco un palurdo cualquiera proponiendo cosas no demasiado claras a una linda chica... Pero mi intención... Mi gusto sería verla otra vez, muchas veces más... No sé si me entiende...

—Lo entiendo perfectamente, señor Chapman.

—¿Y...?

—Creo que me gustará cenar con usted, de veras —sonrió dulcemente la muchacha—. Puede venir a buscarme siempre que quiera..., mientras esté en New Haven.

—Ojalá se quede para siempre —dijo impetuosamente el G-man;
se turbó en seguida—. Bueno, he querido decir...

—También eso lo entiendo. Es usted muy amable.

—Mmm...

Se quedaron los dos sin saber qué decir, de nuevo. Y al cabo de irnos segundos, Chapman preguntó de pronto:

—¿Está usted más tranquila?

—Mucho más tranquila.

—Bien... Estupendo... Yo debo... marcharme ahora. El inspector Foster regresa a Buffalo y luego yo tengo que regresar a New Haven... ¿Nos veremos allí?

—Le será fácil encontrar a La Farándula. Siempre ponemos anuncios en los periódicos indicando nuestro emplazamiento y las obras que vamos a representar.

—Ah, magnífico... Bien... Emm... Adiós... hasta la vista, quiero decir...

—Hasta la vista, señor Chapman.

Se levantaron los dos. Ella le tendió la manita y Chapman la aceptó como si le costase un gran esfuerzo. Luego salió casi corriendo del camerino.

* * *

John Foster lo vio aparecer en el escenario, impávido como una piedra. Si Doris Davis lo hubiese visto entonces, habría tenido que sorprenderse, porque la expresión del federal en nada se parecía a la de un hombre turbado, que acaba de conseguir una bonita cita con una preciosa muchacha.

—Muy puntual, Chapman. ¿Podemos irnos?

—Cuando guste, señor.

—¿Se ha tranquilizado la señorita Davis?

—Parece que sí. Necesitaba unas pocas palabras amistosas, alguien que le explicase que ella no ha sido una asesina. Para la muchacha, todo ha sido un accidente desgraciado... Se mostraba incrédula respecto al hecho de que no fuese a ser juzgada.

—Bueno... Gerard se encargará de tranquilizarla completamente durante los próximos días... ¿De acuerdo, Gerard?

Gerard Stuart asintió enérgicamente.

—Por supuesto que sí.

—Bien... El caso ha terminado... Gracias por tu ayuda, Gerard.

—No ha sido mucho, lo sé. Debí estar en condiciones de impedir la muerte de ese muchacho...

—Lo hecho, hecho está. Y no hay remedio. —Foster le tendió la mano—. Cuando vuelvas a pasar por Buffalo, no olvides que estás invitado a mi casa.

—No lo olvidaré. Hasta pronto, John.

—Adiós... Vamos, Chapman.

Poco después, los dos federales se sentaban en el coche que conducía Chapman. Este puso en marcha el motor, para que se calentase un poco. Foster estaba mirando por la ventanilla, hacia el teatro, pensativo, sombrío.

De pronto, se volvió hacia el agente especial.

—¿No, verdad, Chapman?

—No, señor.

—Emm... ¿Debemos pensar que la gente cree, a estas alturas,

que el FBI es una... pandilla de bobos?

—Allá ellos, señor. De todos modos, siempre es mejor que estén convencidos de que nos han engañado.

—Sí... Siempre es mejor así. Pero les demostraremos que las cosas no son tan fáciles como ellos creen. Sólo que lo haremos a nuestro modo, no al modo policial que hemos estado empleando esta noche.

—Magnífico, señor... —sonrió duramente Fred Chapman—. ¿Lo llevo al aeropuerto?

—Claro... —sonrió también duramente John Foster—. Vamos allá, y que sepan todos que el inspector del FBI ha dado por terminado el caso. En marcha, r Chapman.

—Sí, señor.

CAPÍTULO VII

Tres días más tarde, la compañía de teatro ambulante llamada La Farándula, estaba en New Haven, en el borde oeste de Edgewood Park, cerca de Yale Bowl, casi tocando Chapel Street. La obra que representaban era El amor de primavera, y en ella, la segunda actriz Doris Davis demostraba que su talento estaba aumentando considerablemente.

Todavía con los aplausos resonando en sus oídos, la muchacha entró en su camerino, sonriente, satisfecha. Se quitó el vestidito primaveral con el que había actuado, quedando solo en prendas interiores...

Y en aquel momento llamaron a la puerta.

Se puso rápidamente su bata azul, y la abrió, sonriendo, quizá esperando la visita de algún admirador entusiasmado.

—Señor Chapman...

—Buenas noches, señorita Davis.

Ella parpadeó. Parecía confundida. Pero de pronto sonrió y se apartó de la puerta.

—Pase... ¿Ha venido a invitarme a cenar?

Fred Chapman entró en el pequeñísimo camerino, ella cerró la puerta y quedaron mirándose. El

G-man

pareció encontrar fuerzas para musitar, por fin:

—Está usted muy bonita, señorita Davis.

—¿Estoy? ¿Ahora? ¿Otras veces no?

—Oh, sí, sí... Bueno, es usted realmente bonita y... Quiero decir que en el escenario incluso parece más joven y dulce... Y esa obra, El amor de primavera... Parece escrita para usted.

—¿Ha asistido a la función, señor Chapman?

—Sí, sí, desde luego. En mi opinión, y por lo menos en esta obra en que los he visto actuar, usted es más actriz que Jessie Gilbert. Deberla ser usted la primera actriz.

Doris Davis se quedó mirando al federal.

—Es usted muy amable... Yo... espero que un día u otro seré la primera actriz de una compañía muy importante. Sólo necesito un poco de suerte. Es todo lo que hace falta.

—Y talento —protestó Chapman—; la suerte, sin talento, no sirve de gran cosa...

—Igual que el talento sin suerte... —rió la muchacha—. ¿Quiere creer, señor Chapman, que durante estos días he pensado... varias veces en usted?

—¿Sí? Estupendo... Quiero decir que me parece muy bien, porque a mí me ha ocurrido lo mismo con usted... Ejem... Yo diría que está usted completamente repuesta de la crisis que tuvo en Hartford.

—Afortunadamente. Y a usted le debo buena parte de mi normal presencia de ánimo, señor Chapman. Créame que yo estaba muy deprimida... ¿Es necesario hablar de aquello? Cada vez que recuerdo al pobre Henry y que yo disparé contra él...

—Cecil Regan ya se castigó a sí mismo por su crimen. Supongo que no es necesario que insista en que usted no tuvo... Oh, bueno, hemos quedado en no hablar más de aquel desdichado asunto. Yo... Sí, he venido a invitarla a cenar. Mmm... ¿Acepta?

—Desde luego que sí, Fred —sonrió Doris dulcemente.

—Bien... Eee... Yo he pensado que podríamos ir a cenar... Bueno, ya es algo tarde, lo sé... ¿Ha cenado?

—Entre la primera y segunda función, los de La Farándula tomamos unos bocadillos... —rió la muchacha—. Pero ahora que ya no tenemos más funciones, estoy dispuesta a cenar en serio.

—Estupendo. Son las once, casi es ya verano; New Haven tiene unas bonitas playas... Podríamos cenar, dar un paseo por la playa, y si le parece bien, luego podríamos tomar algo en cualquier *night-club*.

—Es un bonito plan, Fred. Acepto encantada.

—Ejem... Supongo que tiene que vestirse. Estaré esterándola en el pasillo.

—No tardaré.

—Bien... Charlaré un rato con sus compañeros... Son todos muy amables, y no me guardan rencor por... Bueno, todos me saludaron y me han dejado pasar sin inconvenientes...

—Cualquiera se opone al FBI —sonrió Doris—. Hay que aceptar todo lo que ustedes digan.

—Espero que no se considere obligada a salir conmigo porque soy del FBI. Yo preferiría...

Se calló bruscamente, porque Doris Davis había colocado una de sus manitas en una de las suyas, y lo miraba intensamente, con una leve sonrisa en sus bonitos labios casi infantiles.

—Nadie me obligaría a salir con un hombre que no fuese de mi agrado, Fred —musitó.

El

G-man

estuvo unos segundos inmóvil. Luego, muy despacio, como si temiera que algo muy hermoso pudiera romperse con un movimiento brusco, fue inclinándose hacia Doris Davis. Ella cerró los ojos y los dulces labios temblaron un instante, antes de que los del federal llegasen a ellos. Fue un beso corto, suave, lento...

El

G-man

se incorporó, ella abrió los ojos y su manita acarició la grande y fuerte del hombre.

—Te espero afuera —susurró Chapman.

—Sí, Fred.

* * *

El agente del FBI cerró la portezuela del coche, lo rodeó y se sentó ante el volante, junto a Doris.

—En ocasiones visito el Quinpiac Yacht Club —dijo—. Tengo amigos allá, y es un lugar estupendo, junto al río, ya casi en la bahía. ¿Te parece bien?

—Claro... Tú conoces New Haven mucho mejor que yo. Pero me pregunto si no estoy... estorbando tu trabajo, Fred.

—¿Mi trabajo? Bueno, demonios..., ejem... Quiero decir que aunque uno sea agente del FBI, también tiene derecho a unas horas de descanso y diversión, ¿no? Además, ya he estado bastante ocupado estos días últimos.

—¿Con... con lo de Henry Dawson?

—¡No! Aquello fue hace un siglo. A las diez de aquella misma mañana tuve que volar a la frontera canadiense, porque... Bueno, son cosas que no puedo contar, Doris, lo siento. Yo..., supongo que te interesa más saber que esta misma tarde, cuando he regresado, lo primero que he hecho ha sido leer los anuncios del periódico, buscando el emplazamiento de La Farándula.

—Me interesa mucho más, en efecto —sonrió la muchacha.

—Pues... Ya estamos juntos. ¿Estaréis mucho tiempo en New Haven?

—Quizá un par de semanas.

El rostro pétreo de Fred Chapman se iluminó.

—¡Dos semanas...! ¡Estupendo!

Doris Davis se echó a reír.

—Bueno, vamos a ese club de yates... La verdad es que tengo un buen apetito...

* * *

La orquesta estaba interpretando nada menos que *Strangers in the night*, de Sinatra, alias La voz. En la pista, entre otras parejas, Fred Chapman y Doris bailaban lentamente, con las mejillas juntas, en silencio... Cuando la canción terminó, interpretada por un cantante que era estupendo... para limpiarle los zapatos a Frank Sinatra, los dos regresaron a la mesa, siempre en silencio. Se sentaron y se quedaron mirándose...

—Extraños en la noche... —musitó Doris—. Eso éramos nosotros...

—Pero la canción dice que ya no lo seremos más. —¿No?— temblaron los labios de ella. —Todo acabará dentro de un par de semanas, quizá tres... O quizá antes de quince días, Fred.

El

G-man

movió negativamente la cabeza.

—Creo que hemos estado demasiado rato en este *light-club*, Doris... Y ni siquiera hemos paseado por la playa. ¿Te parece?

—Oh, sí, Fred, sí...

—Entonces, vámonos ahora mismo.

Se puso en pie, dejó dos billetes sobre la mesita redonda. Poco

después entraban los dos en el coche. Doris se inclinó hacia él, recostando la cabeza en su hombro, suspirando.

—Fred, creo que soy un poco tonta, pero siento...

—Doris, hay algo que quiero decirte.

Ella se apartó vivamente y se lo quedó mirando, muy brillantes los ojos.

—¿Respecto a nosotros? —exclamó.

—Emmm... Sí, En parte, sí. También se refiere al asunto de la muerte de Henry Dawson, mi compañero del FBI.

—Oh... Creí que habíamos decidido no hablar de un caso que ya terminó, Fred.

—No ha terminado, querida. Lo estamos siguiendo todavía.

—¿Cómo...? Pero si... Fred, no comprendo...

—Nosotros tampoco, —todavía. Fui a buscarte porque realmente me gustaba, pero también para que los culpables se tranquilizaran.

—¡Los culpables! ¿Los culpables... de qué?

—Todos me han visto en el teatro y saben que estoy contigo. No han sabido dónde he estado hasta ahora, y quizá eso los ha detenido. Pero sabiendo que estoy...

Por encima de su voz, y justamente a la altura de su corazón, se oyó de pronto un zumbido, y luego dos, más seguidos. Fred Chapman se quedó mirando fijamente a Doris. De pronto se mordió los labios.

—Pronto podrás comprenderlo todo, Doris. Perdona un segundo.

Metió la mano en el bolsillo interior izquierdo de su chaqueta, y sacó un objeto rectangular, metálico, de la forma y tamaño de un paquete de cigarrillos. A la luz que llegaba de la marquesina del *night-club*, Doris Davis vio el dedo índice de Chapman apretando un botoncito.

—Diga, señor.

—Fred —la voz de John Foster sonó clarísima en el interior del coche—, lo hemos conseguido.

—Magnífico, señor. Se han apresurado, ¿eh?

—Parece que sí.

—¿Ted Crane?

—Sí, sí.

—Tenía que ser él —musitó Chapman—: el hombre que se adelantaba siempre a La Farándula. Ciertamente, les buscaba el

lugar para instalar el teatro, pero, al mismo tiempo, posiblemente, recogía las drogas del proveedor en marcha, para luego entregarlas a Cecil Regan..., el cual, dicho sea de paso y según los informes de Henry Dawson, no era demasiado inteligente...

—Parece que todo va bien, Fred.

—Lo celebro, señor. ¿Dónde está usted?

—Waterside Park, delante del muelle. Enfrente, quiero decir. Ted Crane, después de abandonar el teatro a poco de comenzar la segunda función, fue a una villa cuya dirección apunté: doscientos ochenta y ocho, Arch Street. Está...

—Conozco el lugar. ¿Qué más hizo Ted Crane, señor?

—Salió de allí, con el coche. Dio un par de vueltas por la ciudad y luego se vino a Waterside Park. Hace como cinco minutos que hemos llegado... Yo estoy dentro del coche, escondido entre unos olmos. Él ha caminado hacia el mar, llevando un paquete.

—¿Cree que sea cocaína, señor?

—O dinero. No sé, Fred.

—Bien... Emmm... Voy para allá inmediatamente, señor. Si ocurre algo nuevo, avísame en seguida, por favor.

—Desde luego. Hasta ahora, Fred. ¿Cuánto tardará?

—Unos diez minutos, calculo.

—Bien.

Fred Chapman volvió a apretar el botón de la radio de bolsillo y guardó el aparato. Se volvió hacia Doris, que lo estaba mirando con ojos muy abiertos, inmóvil.

—Tenía que hacerlo, Doris... —musitó Chapman—. Lo siento.

—No..., no comprendo nada... ¿Me has estado engañando... toda la noche, Fred?

Chapman puso el coche en marcha.

—No, exactamente, querida. Ya te he dicho que sentía deseos de estar contigo. Eso no es un engaño, creo yo.

—Pero es que no entiendo...

—Te lo explicaré mientras vamos hacia Waterside Park... Cecil Regan pudo ser quien, en efecto, puso la bala en la pistola. También, y por los restos de cocaína que encontramos tras el asiento de su «bus»... Por cierto: ¿quién conduce el «bus» ahora?

—Alfred.

—Ah, sí, el apuesto primer actor. Bien, como te decía, también

es evidente que Cecil Regan era quien llevaba la cocaína escondida en el asiento. Pero, evidentemente, él sólo no podía hacerlo todo. Entonces, otra persona de La Farándula tenía que estar de acuerdo con él. Después de simular que dábamos el caso por terminado, el inspector Foster y yo estuvimos pensando el plan a seguir.

—Pero él regresó a Buffalo..., ¿no?

—Vuelo de ida y vuelta —sonrió Chapman—; queríamos que todos estuviéseis convencidos de que dábamos el asunto por terminado, que él regresaba... Lo cierto fue que hizo vuelo de ida y vuelta, nos reunimos, y hemos estado trabajando en lo mismo los dos solos. Verás: si Cecil Regan, aparte de no ser muy inteligente, tenía un cómplice, está claro que el caso no se había resuelto del todo. Sí quedaba esclarecido quién había puesto la bala en la pistola, y quién transportaba las drogas. Pero faltaba el principal culpable, en realidad: el hombre cuya búsqueda le ha costado la vida a mi compañero Henry Dawson. Nosotros, el inspector Foster y yo, pensamos que ese hombre podía muy bien ser Ted Crane. Y nos dedicamos a él. Durante un par de días, no hemos hecho nada. Pero hoy, yo me he presentado a ver la función de la noche... En cuanto Ted Crane, vuestro representante adelantado, me ha visto, ha comprendido que acudía para cenar contigo. Y entonces ha decidido que había llegado el momento de moverse. No antes, porque no sabía dónde estaba yo, y tenía miedo. Pero al verme allí, tan campante, dispuesto a pasar una agradable velada con una linda chica, ha considerado el campo libre. Está bastante asustado, seguramente. ¿Vas comprendiendo?

Doris asintió con la cabeza.

—Creo... creo que sí...

—Ahora tenemos... una rama, que es Ted Crane. Pero, por medio de él, hemos llegado al árbol. Está claro que para conseguir la cocaína, Crane tenía que recibirla de alguien. Y ese alguien, al cual no se había atrevido a visitar Crane en estos días, parece que tiene una villa en el doscientos ochenta y ocho de Arch Street. Ted Crane se ha apresurado a visitarlo esta noche. Ha estado en esa villa, ha salido, y ahora está en Waterside Park, con un paquete que lo mismo puede contener cocaína que dinero para comprarla a alguien.

—Dios mío...

—Y apuesto algo a que ese alguien llegará por mar al borde de Waterside Park. De otro modo..., ¿qué haría allá Crane, vuestro eficiente representante?

—Pero entonces, él... él ha estado usando a La Farándula para llevar... para...

—Efectivamente. Y ahora pienso si no sería él mismo quien distribuía las drogas en... ¿Quién se encarga de la taquilla del teatro?

—Pues... Bueno, el que está libre de nosotros. Siempre queda uno u otro. Pero, además, siempre cerramos la taquilla antes de las funciones, de modo que ya nadie puede entrar... Cualquiera de nosotros que la haya atendido puede luego, si es necesario, actuar en el escenario, o entre bastidores. Todos hacemos cualquier cosa, Fred.

—Contesta a esta pregunta concreta; en todos los puntos donde paráis..., ¿atiende Ted Crane la taquilla, siquiera sea un día?

—Claro... Está con nosotros hasta dos días antes de partir hacia otra ciudad.

—Mucho me temo, querida, que, además de vender las entradas para vuestras funciones, el señor Ted Crane vende «raciones» de cocaína a personas que saben dónde pueden adquirirla... Van a La Farándula, adquieren su *ticket* de entrada... y su ración de cocaína hasta que La Farándula vuelva a pasar por su ciudad. Hacéis a siempre el mismo recorrido, el mismo circuito, ¿no es cierto?

—Sí.

—Pues además de representar obras mejores o peores y con mejor o peor acierto, La Farándula gracias a Ted Crane, se ha convertido en una distribuidora de drogas.

—Pero no... no puede sen... Nosotros no...

—Cálmate. El FBI arreglará pronto ese asunto.

CAPÍTULO VIII

El coche se detuvo silenciosamente junto a otro, más pequeño, también negro, escondido de modo que casi resultaba invisible entre unos altísimos olmos. Fred Chapman y Doris Davis se apearon y el

G-man

llevó de la mano a la muchacha hacia el otro automóvil. Abrió la puerta de atrás, le señaló el interior y luego entró él.

John Foster estaba en el asiento delantero, al volante, pero con la cabeza vuelta hacia ellos.

—¿Qué tal, señor? —saludó Chapman.

—Bien. Buenas noches, señorita Davis.

—Buenas... buenas noches...

—No se asuste. Esto no es una pelea de pandillas de matones, sino un trabajo del FBI. Procuraremos que no pase nada que pueda molestar a otras personas.

Chapman había tomado unos prismáticos pequeños del asiento delantero, y tras mirar hacia la playa del parque, musitó:

—Hay una lancha allí...

—Ha llegado hace dos minutos. Ted Crane está en ella, ahora... Con el paquete desde luego. Puesto que la lancha no se ha marchado ya, es de esperar que Crane tenga que regresar a tierra.

—Pero la lancha se ira..., a menos que usted me autorice para...

—Estaba pensando en eso. Contando a Crane, hay tres hombres a bordo. Fred. Podríamos esperar a que Crane desembarque: usted lo detiene a él y yo a los de la lancha.

—Si esperamos a que Ted Crane desembarque, los de la lancha se escapan. Apostaría algo a que en cuanto Crane ponga el pie en tierra firme, esa lancha salara a toda marcha hacia alta mar.

—Exacto. Por tanto, he pensado que, en definitiva lo mejor será que vayamos los dos allá, Fred, ¿qué opina?

Chapman movió negativamente la cabeza.

—¿Puedo pedirle un favor, señor?

—Seguro que sí.

—Usted debería cuidar de Doris. Si nosotros vamos allá, y Ted, por cualquier imprevisto, consigue escapar, es posible que vea los coches al pasar por allí. También es posible que vea a Doris... Y si la ve comprenderá que ella sabe la verdad y...

—Es cierto. Bien, entonces, quédese con ella allí y yo iré...

—El favor que le pido es que usted cuide de ella señor, y que me deje a mí ir a esa lancha.

John Foster vaciló unos segundos, antes de aceptar.

—De acuerdo, Fred.

—Pe... pero... podrían pedir ayuda... —sugirió Doris.

—No hay tiempo. Además, el inspector Foster y yo hemos hecho de este asunto poco menos que una cuestión personal, Doris... Estamos solos y hemos de arreglárnoslas como podamos. Ah, señor, una cosa: si viese que la lancha se va mar adentro, no se preocupe demasiado, y vaya con el coche al fondo del segundo muelle.

—Tenga cuidado, Fred. No quisiera...

Fred Chapman miró a Doris, le sonrió y le dio una palmadita en la mejilla, que notó fría.

—Hasta luego.

Salió del coche y se ocultó entre los olmos. Más cerca de la orilla del mar había algunas palmeras, que fue aprovechando también para ir ocultándose. En menos de un minuto llegó a la franja de arena limpia de vegetación. Y oculto tras la palmera última, estuvo unos segundos mirando hacia la lancha, que se mecía sobre las suaves olas, a menos de treinta yardas de él. De pronto, Fred Chapman salió disparado hacia la lancha corriendo todo cuanto le permitía la arena que se abría bajo sus pies. Llegó delante mismo de la lancha se quitó los zapatos y sacó la pistola. Con ésta en la mano derecha y aquéllos en la izquierda, se metió en el agua hasta que pudo subir silenciosamente a la lancha sin haberse mojado más arriba de media pantorrilla... La lancha se ladeó un instante, pero el G-man

caminó hacia el centro, estabilizándola, al mismo tiempo que

llegaba a las dos puertecillas batientes que llevaban a la cámara interior. Se inclinó, las apartó con un codo y luego saltó hacia el fondo, prescindiendo de la media docena de escalones de madera.

Su caída entre los tres hombres resultó una sorpresa, pero no definitiva, porque unos segundos antes habían notado el balanceo de la embarcación y se habían alarmado un instante... Habían hecho muy mal en no mantener aquella breve alarma.

Pero ya era tarde. Los tres se quedaron mirando al atlético federal, que, tras la rápida flexión de piernas después del salto, se había erguido completamente y les apuntaba con su pistola.

—Alcen las manos —dijo secamente.

Parecía que estaban un poco aturridos, pero obedecieron. Ted Crane estaba pálido, mas sus ojos brillaban furiosamente.

—Chapman... —musito—. ¿Qué significa esto?

—¡Me conoce, señor Crane! No tuve el gusto de serle presentado en Hartford, porque cuando pasó to de Henry Dawson usted estaba aquí, en New Haven... Y como todo se resolvió aquella misma noche, no tuvimos que molestarle. ¿Cómo está usted?

—¿Qué significa esto?

—Yo podría preguntarle cómo es posible que usted me conozca, si nunca nos hemos visto antes. Yo he visto sus fotografías, eso sí... ¿Acaso ha visto usted alguna fotografía mía, señor Crane? ¿Sí? ¿Quién se la proporcionó?

—Exijo una explicación...

—No diga tonterías. Ustedes dos, vuélvanse. Ya supongo que el señor Crane no es tan imprudente como para llevar armas en un momento en que va cargado de cocaína, además... ¿O no era cocaína el paquete, señor Crane?

—Usted... usted está loco —barbotó Crane.

—Vuélvase usted también. Pensándolo mejor, creo que un contrabandista de drogas, es la persona más indicada para ir armada porque si lo atrapan está listo. En cambio, con una pistola puede defenderse, intentar huir... ¡Vuélvase!

Ted Crane obedeció velozmente, porque comprendió que el agente del FBI iba a golpearlo, si no lo hacía. Quedo junto a los dos hombres, de cara al casco de la lancha, con las manos pegadas allí.

—Sería una mortal estupidez que cualquiera de ustedes intentaran algo mientras los registro, señores. Están advertidos.

Ted Crane no llevaba armas. Pero sí los otros dos hombres, ambos vestidos de marinos, con gorras, zapatillas blancas, jerseys a rayas y chaqueta azul. Chapman tiró las pistolas a un rincón y retrocedió unos pasos. Desvió la mirada hacia la mesita alargada y vio sobre ella el paquete. Se acercó, empujando con los pies sus zapatos hacia debajo de la mesita, para no tropezar más adelante con ellos. Firme la pistola en su mano derecha utilizó la izquierda para deshacer el paquete. Estaba envuelto en papel grueso; luego, en tela; finalmente, una bolsa de plástico, que debía contener no menos de tres libras de algo que parecía azúcar o harina...

Con la mira de la pistola hizo un corte en el plástico: luego metió un dedo, que quedó impregnado de aquel polvo blanco. Se lo llevó a la boca, lo paladeó...

—Fiúuuu... —Silbó—. Ésta es una buena cantidad de cocaína de la cara, señor Crane. Sin adulterar, todavía. Una vez convenientemente adulterada, la cantidad sería tal que podría valer... ¿Quinientos mil dólares, señor Crane? ¿Un millón, quizá? ¿O estoy exagerando? Dígame una cosa: ¿ésta es una «pequeña» partida, o el total de su... almacén? ¡No se vuelva! O mejor, sí; vuélvase y venga aquí. Haga de nuevo el paquete, pues sería incómodo llevarlo como está ahora. Cuidado, señor Crane: no desperdicie ni un solo gramo... Esto vale mucho dinero.

Crane, que estaba atando de nuevo el paquete alzó la cabeza y miró hoscamente al G-man.

—En efecto, Chapman. Es tanto dinero que podría repartirse.

—Oh... Qué soborno tan... delicadamente ofrecido. ¿Qué pensaba hacer con toda esta cocaína, señor Crane?

—Deshacerme de ella.

—Ah, entiendo, entiendo...

—Usted no entiende nada, Chapman.

—¿A que sí? Resulta que usted y su... gran proveedor están muy asustados, después de lo de Henry Dawson. En el mismo momento en que él entró a formar parte de La Farándula, decidieron cortar la distribución de drogas. Pero no quisieron deshacerse de ellas porque tenían su plan... Sin embargo, ahora, algo les tiene tan preocupados, que han decidido ocultar las drogas una temporada, hasta que encuentren otro medio de distribución. Por eso, usted ha

ido a buscarlas, aprovechando que el agente del FBI, con toda seguridad, no podría vigilarlo, ya que había salido con Doris Davis. Pero se ha equivocado. Es decir, es cierto que yo estaba con la pequeña Doris, pero un compañero del FBI le ha estado vigilando a usted.

—Mentira —musitó Crane.

—Le aseguro que es verdad. Usted no se atrevería a moverse mientras no supiese dónde estaba el agente federal Fred Chapman. En cuanto supo que estaba fuera de concurso, se apresuró a ir a recoger las drogas a la villa de su jefe, el cual le dio instrucciones para que las trajese aquí... Y estos dos señores las esconderían hasta nueva orden. Por si cree que no sé lo que digo, Crane, su jefe vive en el doscientos ochenta y ocho de Arch Street. Mi compañero le ha seguido a usted... y ahora está esperando ahí fuera, en el parque, cerca de la playa.

Los ojos de Ted Crane parecían echar fuego.

—Sabe usted demasiado, Chapman.

—Pero no todo... aún. Veo que ha terminado de atar el paquete. Ahora cójalo y suba a cubierta. Sus amigos irán detrás de usted. Y por si se les ocurre alguna buena idea, sepan que hay afuera una pistola oculta que les está esperando. Arriba, Crane: usted primero. Y ustedes dos, bien pegaditos a él.

Ted Crane se dirigió a la escalerilla de madera, caída la cabeza sobre el pecho, como derrotado... Pero apenas había dado dos pasos, se volvió hacia Chapman, tirándole con fuerza el paquete que contenía la cocaína.

El

G-man

se apartó ágilmente, saltando hacia Crane al mismo tiempo con una rapidez que sorprendió al representante de La Farándula. Y antes de que la sorpresa cediese, Fred Chapman golpeó a Ted Crane en la frente, derribándolo sin sentido, con un corte que comenzó a sangrar en el acto...

Y para demostrar que no se dormía, el

G-man

se volvió hacia donde había tirado antes las pistolas de los dos hombres. Uno de ellos se desplazaba hacia allí, y el otro atacaba con las manos limpias a Chapman. Éste disparó su pistola

rápídamamente. Se oyó un apagado «plop» y el hombre que corría hacia las pistolas dio una vuelta de campana hacia delante y se estrelló contra el tabique de cabeza.

Pero mientras tanto, el otro marino había llegado al cuerpo a cuerpo con el federal. Sus dos manos se crisparon en la muñeca de la mano armada, torciendo salvajemente el brazo y empujando a Chapman con un hombro hacia las escaleras, con tanta fuerza que lo derribó. El

G-man

cayó de espaldas contra el borde de la escalerilla, y por un instante el dolor debilitó su potencia muscular. Un momento bien aprovechado por el marino, que soltó una mano y la empleó para golpear a Chapman en la barbilla, de modo que la cabeza de éste rebotó contra el borde de un peldaño superior. Chapman soltó un gruñido de dolor, pero su mano libre, la izquierda, se dirigía ya, de canto, hacia la garganta de su enemigo. El golpe, aunque algo débil, llegó allí, y el hombre pareció ahogarse de un modo extraño, por un instante. Chapman soltó su mano derecha, la cerró, y el puñetazo se clavó con escalofriante sonido en plena boca del marino, que se curvó hacia atrás. De tal modo, que su garganta se mostró mucho mejor que antes..., y el nuevo golpe de canto propinado con la mano izquierda le acertó de lleno, ahora con fuerza. Un sonoro bofetón con la derecha lo tiró a un lado, casi desvanecido. Chapman se puso en pie de un salto, esperó a que el hombre estuviese en postura favorable durante su intento para ponerse en pie, y entonces le golpeó en la nuca, derribándolo como fulminado definitivamente.

El

G-man

recogió su pistola, la guardó en la funda y se colocó bien la chaqueta con un movimiento de hombros. Se tocó el nudo de la corbata, recogió las otras dos pistolas y subió la escalerilla hacia la cubierta.

* * *

—Un cuarto de pulgada más abajo y a la izquierda, y lo habría matado, Chapman —dijo Foster—. Así, y una vez vendado, todo lo malo que le pasará a éste es que dormirá algo más de tiempo.

Se incorporó. El marino contra el cual había disparado Chapman tenía ya vendada la cabeza. Estaba tendido en el suelo y junto a él, atados sólidamente de pies y manos, estaban Ted Crane y el otro hombre.

Chapman y Doris acabaron de recoger la poca cocaína que se había escapado del paquete al reventar éste por el golpe contra el casco de la lancha. El

G-man

lo dejó sobre la mesita y entonces vio los zapatos. Sonrió humorísticamente y se dedicó a ponérselos, bajo la amable mirada de su superior.

—Parece que tiene usted especialidad en vérselas con tres hombres a la vez, Fred.

—Generalmente, no saben pelear muy bien —le quitó importancia el

G-man

—. ¿Seguimos con el plan, señor?

—Quizá sería mejor que avisáramos a la Delegación, para que nos enviasen irnos cuantos hombres...

—Yo creo que el plan inicial es mejor, señor.

—Sí... Seguramente, sí, Fred. Bien, pues lo seguiremos. Pero no olvide que a la menor señal de que usted solo no puede seguir adelante, espero su llamada. Hasta entonces, y a fin de evitar que nadie observe movimiento en la Delegación, permaneceré aquí, solo, con estos hombres, esperando. Tengo muy buenos nervios.

—Magnífico, señor. Me llevaré a Doris y la dejaré en un sitio seguro para que...

—Oh, no... —exclamó la muchacha—. ¡Quiero ir contigo, Fred, no... no podría ahora estar sola!

El

G-man

frunció pensativamente el ceño. Por fin, encogió los hombros.

—De acuerdo. Vendrás conmigo... si estás dispuesta a obedecerme y estar calladita.

—Sí, Fred, sí. Yo... yo no diré nada y...

Chapman le pasó un brazo por los hombros, riendo.

—Hasta luego, señor. No se aburra.

—Fred, si hay peligro...

—Le llamaré. Pero el jefe de esta gente debe estar solo ahora.
Son más de las dos de la madrugada, qué demonios...

CAPÍTULO IX

Fred Chapman detuvo el coche antes de llegar al 288 de Arch Street. Apagó el motor y todas las luces y se quedó mirando hacia la villa.

—Ésa debe ser. Te vas a quedar aquí mientras yo...

—¿Aquí? —Casi gritó Doris—. ¿Yo... yo sola aquí...?

—Debí dejarte con el inspector Foster. Está bien: ¿podrás saltar una verja?

—Sal... saltar una... Sí, creo... No sé...

—Yo te ayudaré. Vamos ya. Quisiera acabar esto cuanto antes.

Salieron del coche y Chapman dirigió la marcha hacia la villa. Pasó por delante, comprobó que era el número 288 y siguió caminando. Una villa bonita, con la casa al fondo de un espacioso jardín lleno de olmos, plátanos, castaños y macizos de flores... Llegaron al extremo de la verja, y el

G-man

miró a todos lados, aunque era poco probable que a aquella hora transitase nadie por las calles. Sin decir palabra, cogió a Doris Davis por la cintura y la alzó, hasta que las manos de la muchacha llegaron al borde de la verja y comprendió. Quedó colgada allí el poquísimos tiempo que Fred Chapman necesitó para colocarse a horcajadas, en difícil postura, sobre un travesaño horizontal de la verja, entre dos puntas de lanza. La ayudó a subir, la sostuvo por las manos y la descolgó al otro lado. Luego, silencioso como un gato, se dejó caer junto a ella.

Señaló hacia la casa y echó a andar, seguido de la muchacha. Estaban ya muy cerca de la casa cuando el

G-man

se detuvo de pronto y se volvió.

—Ten cuidado... —musitó—. Yo estoy acostumbrado a estas cosas, pero tú... ¿Tienes miedo?

Ella asintió enérgicamente con la cabeza. Chapman veía su rostro como una mancha blanca en la oscuridad creada por los espesos árboles. Lo cogió con las dos manos y se inclinó sobre los bonitos labios que temblaban.

—No me perdonaría que te ocurriese algo...

Y la besó en los labios. Luego le dio un besito en la nariz y dedicó de nuevo su atención a la casa. Estaba a oscuras, lo cual era del todo normal a aquellas horas.

—Muy bien... —susurró Chapman—. Vamos a por ese gran jefe que puede conseguir tanta cocaína...

Se incorporó, lentamente, silenciosamente.

La muchacha, tras él, le imitó.

Avanzaron sin ruido, bordeando unas espesas matas.

La muchacha, al principio, seguía, casi pegada al agente, pero menos avezada que éste a moverse entre las sombras con rapidez, fue distanciándose.

De pronto, sobresaltada, percibió un débil destello que, surgiendo por entre el ramaje se abatía, relampagueante, sobre las amplias espaldas del federal.

Gritó, horrorizada.

Fred, alertado, se echó a un lado, rodando, y llevando la mano a la pistola. Pero no pudo sacarla de la funda porque, justo cuando tenía el brazo ante el pecho ya tocando con los dedos la culata del arma, el punzón, descendiendo de arriba abajo como un rayo, le alcanzó buscándole el corazón con su aguda punta. Se oyó el golpe del acero contra la carne, un sonido extraño, escalofriante...

Y Fred Chapman perdió el conocimiento cuando el punzón se hundió en su antebrazo, clavándolo contra el pecho, al atravesarlo.

* * *

Pero tuvo la sensación de que lo recuperaba en seguida. Oía voces por encima suyo... Abrió los ojos lentamente, mientras escuchaba con toda claridad.

—Avisad a August y metedlo en la casa. Quizá sepa mucho más de lo que ha dicho y yo tengo que enterarme. Ved, también, si los chicos han cazado ya a esa boba... es importante que no escape.

Luego vais adonde os he indicado, recuperáis la cocaína y os marcháis con la lancha. Llevad con vosotros al otro federal y a la tonta ésa que, supongo, a estas horas ya se hallará a buen recaudo y los echáis, juntos, al mar.

—La cosa se ha puesto difícil...

—Más lo estará si perdemos el tiempo... Llevad a éste a la casa.

—No me fío de los federales. Algunos se las dan de listos y quieren hacer creer que están hechos polvo cuando en realidad todavía tienen fuerzas para dar disgustos... De modo que...

Fred Chapman supo lo que iba a ocurrir, pero no pudo evitarlo. El bestial puntapié del hombre que había hablado le alcanzó en el hígado, y todo su cuerpo pareció volverse del revés, agitarse, partirse en pedazos...

Afortunadamente, esto duró poco, porque volvió a perder el conocimiento. Y en esta ocasión no sólo por unos segundos, sino por no menos de treinta minutos.

* * *

Lo primero que vio al volver a abrir los ojos fue un vaso de *whisky* que se tendía hacia él.

—Beba —dijo una voz desconocida—. Esto le reanimará, señor Chapman.

Sabía que era cierto, de modo que adelantó la mano izquierda hacia el vaso. En el acto tuvo la sensación de que su brazo quería partirse en pedazos. Y, realmente, su mano ni siquiera llegó al vaso de *whisky*...

—Es mejor que utilice la izquierda. La derecha está un poco... atrofiada. No la mano, precisamente, sino el brazo: fue atravesado por un punzón, Chapman. Pero no lo lamente; si usted no hubiese movido esa mano en busca de su pistola, el punzón le habría atravesado el corazón. Tuvo suerte, de veras.

El

G-man

adelantó entonces la mano izquierda. Notó una punzada en la espalda y otra en el pecho. Cuando cogió el vaso, supo que estaba muy débil. Y sentía tal frío en el rostro, que por la fuerza debía estar pálido...

Estaba bebiendo ávidamente el *whisky*, cuando vio a Jessica

Gilbert. Se hallaba sentada en un sillón, con un cigarrillo entre sus dedos y había una dulce sonrisa en los hermosos labios... Pero a Fred Chapman aquella sonrisa le pareció la de una serpiente venenosa.

Jessica agitó una manita, sonriendo.

—¿Qué tal, señor Chapman? —saludó.

Fred Chapman dejó el vaso y aspiró profundamente el aire de la vida. Bien; al menos, de momento, no estaba muerto. Eso era algo... Pero algo también, le preocupaba...

¿Qué le habría ocurrido a Doris? ¿Dónde estarla en aquellos momentos? Decidió contestar al irónico saludo de Jessica. Con un poco de habilidad quizá lograra sonsacarle algo...

—Pues ya ve, señorita Gilbert; un poco alicaído —susurró débilmente.

—Gajes del oficio, señor Chapman. Pero usted se lo ha buscado. Si en lugar de meterse en averiguaciones hubiera aceptado la solución que le poníamos en bandeja... Es muy listo pero, la verdad, no me parece demasiado inteligente.

—Usted tiene la fortuna de ser inteligente y bella, además, señorita Jessica, no todo el mundo puede decir lo mismo —afirmó, con cierta guasa, el agente federal.

—¡Oh, muchas gracias! —Correspondió Jessica—. Creo que estoy siendo muy descortés... Le presento al señor August W. Bangs.

—Encantado —dijo Bangs, sonriendo.

Chapman lo miró. Había en sus ojos una cierta luz irónica que, por un momento, inquietó al hombre. Pero la situación era demasiado clara para inquietarse en serio.

—¿De modo que usted es el proveedor, señor Bangs?

—En efecto, señor Chapman.

—Es un placer conocer al hombre que pronto será llevado a presidio por muchos años.

—¿Usted está convencido de lo que dice? —sonrió Bangs.

Chapman persistía en su sonrisa irónica. Muy débil, pero irónica... La sonrisa del hombre que está convencido de ganar la última batalla... La última, que siempre es la más importante.

—Estoy completamente convencido. Por si no lo sabe, le diré que un compañero mío..., un superior mío, llamado...

—John Foster, lo sé. ¿Va a decirme que él puede salvarlo, señor

Chapman?

—¿No? —murmuró el federal.

—Por supuesto que no. Dos hombres salieron hace media hora de esta casa, después de darle a usted lo que merecía. Es casi seguro que en estos momentos, el inspector Foster haya pasado a peor vida y su cuerpo debe yacer en el fondo del mar... acompañado por el de la gran amiga de usted; me refiero a la señorita Doris, ya sabe...

A Fred le pareció sentir que algo se rompía en su interior. Un sabor amargo inundó su boca.

—... La consecuencia inmediata es que Ted Crane se halle en libertad y que la cocaína haya sido transportada lejos de aquí —prosiguió Bangs—. En cuanto a usted... Bueno, yo diría que una buena idea por su parte sería la de informarnos de todo lo que el FBI sabe exactamente sobre este asunto.

—¿Y si no le digo nada...?

—Señor Chapman... Usted es un hombre inteligente. El mínimo derecho de los hombres inteligentes es morir enteros... No creo que a usted le divierta la idea de ser... descuartizado lentamente. Comprenda nuestra posición: creemos que el FBI no sabe gran cosa de la verdad, ya que usted y el inspector Foster han cometido la imprudencia de trabajar solos, de tomarse este asunto como algo... personal. Si ustedes desaparecen, todo quedará en calma. Es simple, señor Chapman. Sólo que usted puede desaparecer sin dolor... o desaparecer con muchísimo dolor. La elección le corresponde exclusivamente a usted mismo.

—Entiendo.

—Magnífico. ¿En verdad usted y el inspector Foster estaban trabajando solos en este asunto?

—Sí.

—Eso está muy mal... Yo tenía entendido que el FBI era un grupo compacto. No debió ceder usted ante las exigencias de su orgullo personal, señor Chapman.

—Son fallos que cualquier mortal puede tener.

—Ah, muy cierto, muy cierto... Pero ¿se da cuenta? El inspector Foster ya debe estar muerto. Y usted le seguirá muy pronto. Por tanto, el FBI quedará sumamente desconcertado ante la desaparición de dos de sus hombres.

—Ha ocurrido otras veces. Y el FBI siempre ha encontrado la

verdad.

—No la encontrará esta vez. La pista quedará cortada. Ustedes dos, simplemente, van a desaparecer. Completamente, señor Chapman. No albergue la ilusión de que dentro de un tiempo más o menos corto se encontrará su cadáver, se verán las balas en su cuerpo, se seguirán las huellas que Balística proporcione... No, no, no, de veras... Usted, al igual que John Foster, van a desaparecer, para siempre, bajo las aguas. Ha sido muy amable al notificarnos que sólo ustedes dos estaban enterados de la verdad.

—No de toda, señor Bangs.

—Oh. ¿Hay algo en especial que usted quiere saber, Chapman?

El agente federal asintió con la cabeza. No conseguía ocultar aquella expresión irónica en su mirada, que se mantenía fija en August W. Bangs. Éste era un hombre de mediana estatura, gordito, de cabellos rojos y abundantes. Llevaba un bonito batín azul celeste, y su aspecto no podía ser más simpático, respaldado por sus ojos azules, pequeños, vivos, como los de un delicioso bromista. Estaban en el *living* de la villa, con un gran ventanal al jardín.

—Me gustaría saberlo todo.

—Pero ya lo sabe, señor Chapman... Según asegura Jessica, usted es muy listo. Ha ido descubriendo la verdad de un modo... admirable. Como último detalle, puedo decirle que, ciertamente, yo soy el distribuidor de cocaína de La Farándula. La recibo mensualmente desde Canadá. Hago la correspondiente distribución por poblaciones, y un par de hombres se dedican a llevarla a los lugares donde para La Farándula. Cecil Regan la recibe, la entrega a Crane, y éste la entrega a los compradores en la taquilla del teatro... ¿No es maravillosamente simple y eficaz?

—Admito que sí.

—Pero usted lo ha echado todo a perder. Usted y ese inspector Foster.

—No esperará que lo lamente, señor Bangs.

—Claro que no. Ustedes han estado haciendo su trabajo, y yo el mío. Me parece bien. Pero ahora, todo ha terminado. Muerto Foster, y a punto de morir usted, todo se simplifica. Sólo tendré que esperar un tiempo para volver a mi negocio. Paciencia.

—Dígame la verdad, señor Bangs: ¿sabía Doris que había una bala en la pistola que tenía que emplear en la función llamada La

ventana?

—No. La verdad es que a nadie de nosotros agradó la idea de tener que matar a Dawson... personalmente. Así que decidimos que lo ejecutara una mano inocente... la de la bobalicona de Doris —puntualizó Jessica—. Lo lamentable fue lo de Cecil. Pero... hubo que hacerlo.

—¿Tuvieron que matarlo? —inquirió Fred, a quien las explicaciones de la muchacha, proporcionaron un alivio indecible.

—¿Ve como usted es muy inteligente, señor Chapman? —sonrió August W. Bangs—. En efecto, fue necesario matar a Regan. Teníamos al FBI metido en La Farándula, buscando un culpable. Últimamente, Regan estaba demasiado dominado por la droga. Y como no la suministrábamos a La Farándula porque sabíamos que Henry Dawson estaba muy vigilante, el pobre Regan se iba poniendo más y más nervioso...

—Entonces, inventaron el truco de la pistola, dejaron un poco de cocaína tras el asiento de Regan, y lo mataron de tal modo que parecía un suicidio. Así, el FBI tenía un culpable de la muerte de Henry Dawson, sabía quién había estado llevando la cocaína... y se daría por satisfecho. Por tanto, ya no molestaría más a La Farándula, y por consiguiente, a Ted Crane.

—Fantástico —aprobó Bangs—. ¡Formidable, señor Chapman! Y ya tranquilo el FBI y libre La Farándula de su vigilancia, quizá pudiesen hacerse mejor las cosas Pero, desgraciadamente, usted era un agente radicado en New Haven, donde, precisamente, tengo yo mi cuartel general, por llamarlo de algún modo. Esperamos a que se confiase, y...

—Ustedes creyeron que me confiaba, pero no fue así, ya lo sabe.

—Es verdad... Sí, es verdad. No obstante, todo está bien ahora, y las drogas estarán a salvo hasta que yo decida que puede continuar el negocio.

—De donde se desprende que si usted cae, señor Bangs, todo ese tráfico de cocaína quedaría cortado definitivamente.

—Cierto. Pero, querido señor Chapman —sonrió Bangs—, le aseguro que no pienso... caer.

—Es una opinión suya.

—¿Cómo dice?

Fred Chapman sonrió una vez más de aquel modo irónico, casi

hiriente. Se movió un poco en el sillón, pero palideció en seguida. Sentía un gran dolor en la espalda en el antebrazo, y en aquella parte del pecho donde se había clavado el punzón después de atravesar su antebrazo. En verdad, no parecía el hombre más adecuado para sostener aquella sonrisa de triunfo.

Pero la sostuvo, al mismo tiempo que decía:

—Todo listo, señor. Puede entrar.

CAPÍTULO X

La ventana del *living* se abrió bruscamente, y el inspector John Foster apareció en ella, pistola en mano, Bangs inició un movimiento, pero el inspector federal movió la pistola hacia él y eso fue todo. Por su parte Jessica Gilbert ni se había inmutado. Miró a Foster, sonriendo apenas, y continuó fumando su cigarrillo.

—¡Buen trabajo, Fred! —elogió Foster.

—No se trata, ahora, de mi trabajo, señor... Hay que hallar a la señorita Davis. ¡Es inocente! ¡Y está en peligro...! Y...

—¡Menuda ha resultado su señorita Davis, amigo! Supo, no sólo burlar la persecución de que la hicieron objeto los hombres que le atacaron a usted, sino que acertó a abrirle la cabeza a uno de ellos, merced a un estacazo aplicado con mucha gracia y diligencia. Luego, aprovechando las sombras huyó y no paró hasta tropezarse conmigo. Quería regresar junto a usted, pero se lo impedí. Crea que me costó horrores conseguirlo. Ahora está en lugar seguro.

—¡Gracias! —exclamó Fred sin poder reprimir su júbilo—. ¿Lo ha grabado todo?

—Desde luego. ¿Está bien, muchacho?

—No demasiado. Una cosa sí le agradecería, señor: ¿tiene un cigarrillo honrado?

—Un paquete entero —sonrió Foster.

Pasó por encima del alféizar, se acercó a Chapman, sacó el paquete de cigarrillos, encendió uno, y lo entregó al agente, que se apresuró a dar una larga chupada, como en éxtasis.

—¡Ah, demonios...! Siempre me pareció que esas películas de guerra en las que un soldado se muere de gusto al fumar eran un poco exageradas... Y no. No, señor, se lo aseguro. Demonios del infierno: ¡éste es el mejor cigarrillo que he fumado en mi vida!

—Habrá muchos más, Fred —pronosticó Foster—. ¿Cree que podrá valerse por sí mismo?

—Claro que sí. Observe, señor.

Quiso levantarse. Lo consiguió a medias. Luego de pronto, se dejó caer en el sillón, pálido, intentado sonreír.

—Esto... Ejem... Bueno, yo diría que no estoy demasiado bien, señor.

—Lo arreglaremos pronto. Nos iremos a la Delegación con estos dos pájaros, y mientras ellos cantan en su jaula, usted será atendido como se merece.

—Lo que más siento es que estoy manchando este sillón de sangre. Según he entendido, debo mí vida a haber querido sacar la pistola. ¿No es sorprendente?

—No demasiado.

—Ah, es cierto... Usted siempre tan observador, señor Por cierto: ¿qué ha sido de los hombres de la lancha?

—Ellos han...

—Olvida eso, John —dijo una voz.

John Foster se volvió hacia una de las puertas que daban al *living*, alzando la pistola. Pero quedó inmóvil cuando vio allí a Gerard Stuart, el director de La Farándula y viejo amigo personal... con una pistola en la mano, apuntándole... Mas no fue esto solamente lo que inmovilizó a John Foster.

Al mismo tiempo que Gerard Stuart, aparecían los demás miembros de La Farándula. Nelly Stone, su marido Edgar Barnes, Alfred Morris, el apuntador Ralph Nichols y los chóferes Norval Hollinger y Jess Colley. Cada uno de los hombres empuñaba una pistola. Y era fácil comprender cuál de los dos bandos tenía las de ganar.

—Gerard... —musitó Foster—. ¿Qué estás haciendo?

—Deja caer la pistola, John —dijo fríamente Stuart.

Los demás miembros de La Farándula se habían distribuido rápidamente por el *living*, y John Foster se vio rodeado de tal manera que tenía que comprender lo peligroso de su situación.

Dejó caer la pistola y se quedó mirando a Gerard Stuart.

—Entonces... —musitó—, ¿era cierto?

—¿El qué, John?

—Todos... Toda La Farándula está complicada en esto... No eran

solamente Regan y Ted Crane... También tú, y todos los demás... No quería creerlo, Gerard. Tú, el viejo amigo...

—Los tiempos cambian. Uno tiene que acogerse siempre a la mejor oportunidad, John.

—La mejor oportunidad... —dijo despectivamente Foster—. Tú estás loco, Gerard. ¿A qué llamas tú la mejor oportunidad? ¿A convertirte en un contrabandista de drogas?

—El caso es ganar dinero. Es difícil ganarlo con él.

—Difícil para quien no es artista. Quizá tú no tengas tanto talento como crees, Gerard. Ni tú, ni ninguno de los que te acompañan.

—Quizá. Y por eso, aceptamos el asunto. Era muy bueno, John... Sólo teníamos que entregar unos sobres a ciertos espectadores del teatro cuando acudían a retirar sus entradas. ¡Era tan fácil...! Pero temo que no lo hacíamos demasiado bien, ya que el FBI halló la coincidencia entre nuestro paso por determinadas ciudades y una mayor afluencia de drogas en éstas. Viniste a verme, viejo amigo... Y confiaste en mí. Me contaste lo que sucedía, me pediste que admitiese a uno de tus hombres en la compañía... ¿Cómo podía negarme? Durante unas semanas, no hubo distribución de drogas. Eso nos creó problemas, no creas. Pero teníamos que mantenernos firmes. Luego, seguimos con el plan: era lógico que desconfiarais de La Farándula si desde el momento de introducir un agente en ella cesaba la distribución de drogas. Eso quería decir que el culpable, realmente, estaba en La Farándula. Entonces, os buscamos uno: Cecil Regan, que se había viciado por su propia cuenta y empezaba a ser una preocupación para todos. Alfred Morris, el mejor actor, fue el encargado de decir que Regan se había acercado a la pistola. Luego, al encontrarlo muerto, teníais que llegar a la conclusión que deseábamos; que había sido él quien había cargado la pistola con aquella bala, y luego, desesperado por la carencia de cocaína, se había suicidado. Ya teníais al culpable y, por tanto, dejaríais en paz a La Farándula... Todo solucionado. Os lo ofrecimos todo en bandeja. ¿Por qué no lo aceptasteis así, John?

—Porque ni Fred Chapman ni yo somos dos idiotas a los que se puede dar de comer con un hueso, Gerard. Queremos la carne.

—Hermosa frase —dijo amablemente Alfred Morris—. Sólo que van a ser ustedes quienes se van a quedar en los huesos, señores. La

muerte, en general, es muy fea.

Chapman miró al primer actor de La Farándula.

—¿Por qué, Morris? ¿Por qué hacer todo esto? Usted es un buen actor, podría haber conseguido un buen porvenir...

—No diga tonterías —replicó acremente Morris—. Nadie tiene un buen porvenir. Y menos que nadie un auténtico buen actor. Hacen falta demasiadas cosas para triunfar. ¿Por qué esforzarse tanto para ganar dinero si lo teníamos solucionado con la distribución de cocaína? Mírenos a todos, Chapman. Mírenos bien... Cualquiera de nosotros podría estar triunfando en cualquier buen teatro, en cualquier compañía de renombre del país. Pero no hay sitio... Sólo los privilegiados tienen sitio en el Arte. Los demás, nada... Simples comparsas miserables, que jamás verán reconocida su calidad... ¿Para qué luchar tanto? Es mucho más fácil viajar..., viajar siempre, trabajando en el teatro, sin importar que el público sea mucho o poco, porque siempre teníamos dinero... Gracias a la cocaína, no al Arte...

—En parte, Morris, le comprendo a usted.

—¡Usted no puede comprenderme! ¡Ni a mí ni a ninguno de nosotros!

—Es posible que no, Morris... Pero La Farándula podría haber sido una cosa muy hermosa. Y ustedes..., todos ustedes, la han convertido en una pandilla de delincuentes.

—No hemos pedido su compasión. Todos, del primero al último de La Farándula, estamos metidos en esto. Cada uno hace lo que es necesario hacer, y...

—¿Incluso matar?

—Incluso matar, señor Chapman —puntualizó Jessica.

—Es un recurso que ya han utilizado, otras veces, Jessica, Pero si su memoria es medianamente buena, recordará que Ted Crane y los dos hombres de la lancha quedaron presos allá.

—No, no, porque...

Jessica Gilbert se quedó mirando a John Foster sorprendida, estupefacta, asombradísima.

—Naturalmente —musitó Chapman—. Imagino que ha comprendido que el hecho de que el inspector Foster esté aquí, se debe a la bobalicona de Doris, como la llaman ustedes.

—Seguro —corroboró Foster—. Al burlar a los sicarios que la

perseguían, la señorita Davis les impidió que descubrieran el lugar donde me hallaba, cosa que habría ocurrido indefectiblemente si la hubieran seguido. Una vez al corriente de lo que sucedía, dejé en manos de los agentes del FBI a Crane y a los dos tipos de la lancha encargándoles, además, la protección de la muchacha. Luego vine a escape, en ayuda de usted. De paso, los muchachos atraparon a esos sicarios. Por cierto que uno de ellos parecía bastante estropeadillo a causa del mamporro que le atizó nuestra apreciada amiga.

—Pero usted, Chapman, nos dijo que actuaban solos...

—Les mentí. La verdad es que, en todo momento, hemos trabajado en estrecho contacto, con los hombres del FBI con servicio libre en New Haven. Cuando me cazaron, no me inquieté demasiado; sabía que mis compañeros andarían cerca... Y, efectivamente, el inspector Foster se ha presentado en el momento oportuno.

—No tan oportuno —masculló Gerard—, porque, ahora, él morirá con usted, Chapman.

—¿Está seguro? ¿Eso quiere hacer, Stuart?

—Eso vamos a hacer todos. Los vamos a matar, sus cadáveres desaparecerán, pero antes nos apoderaremos de sus aparatos de radio portátiles, y de sus grabadoras. Haremos desaparecer todas las pruebas; nada podrá demostrar en nuestra contra, el FBI. Luego le ajustaremos las cuentas a esa mosquita muerta de Doris. La acusaremos de asesinato, premeditado, en la persona del agente Henry Dawson; presentaremos testigos, muchos testigos, todos seremos testigos...

—¡Vaya, excelente programa! —se burló Fred—. Pero les resultará muy difícil conseguir que cuele...

—La Farándula siempre ha estado unida y, ahora, más que nunca. ¡Claro que lo conseguiremos! Tenemos mucha vida por delante, hasta que obtengamos todos un total reconocimiento a nuestros méritos artísticos...

—Si era eso lo que querían, equivocaron el camino.

—¡Hace falta dinero para sobrevivir! —chilló Gerard Stuart.

—Están locos —murmuró Chapman, mirando uno a uno a los miembros de La Farándula—. Están todos completamente locos. O quizá no... Quizá padecen ese mal común que se llama impaciencia. No han sabido esperar, trabajar con tesón, esperando su verdadera

oportunidad. Han querido mucho dinero en seguida. Se consideran genios todos, porque saben actuar, porque saben representar cualquier papel que incluso parece de la vida real: infidelidades, amores, envidias... Se consideran genios, pero no saben esperar... ¿Dinero? Eso no les solucionará nada a ustedes... Yo creo que, por una extraña decisión del Destino, se han juntado unas cuantas personas que sólo sirven para..., para ser delincuentes. No se engañen a sí mismos. Y despídanse unos de otros. La Farándula ha terminado su recorrido... artístico por los Estados Unidos de América. Todos son culpables, porque todos han intervenido en los diversos delitos. He aquí una deprimente muestra de compenetración humana para hacer el mal, ya sea matando, engañando, repartiendo drogas... Cierto: en La Farándula, cada uno hace lo que es necesario... Sólo que esas cosas que hacen no están dentro de la ley.

—Está..., está hablando demasiado, Chapman.

—Es cierto. Y realmente, al inspector Foster le corresponde decir la última palabra. ¿No es cierto, señor?

John Foster asintió, sombrío el gesto.

—Así es, Fred. Bien: salgan todos, muchachos.

En un instante, como en un extraordinario juego mágico, más de media docena de hombres aparecieron en la ventana, en la puerta del *living* que daba al vestíbulo, detrás de los miembros de la compañía de actores... Cada uno de ellos llevaba una metralleta en las manos.

—Son agentes del FBI —aclaró roncamente Foster—. Si les dan la más pequeña oportunidad para recordar que todos ustedes mataron a un compañero en servicio, temo que todo terminará muy mal aquí... En bien de todos, les sugiero que dejen caer sus pistolas. Así... Eso es... Llévenselos, muchachos. Queda definitivamente disuelta la Farándula.

ESTE ES EL FINAL

—¿Qué tenemos hoy para cenar?

Como siempre, John Foster había entrado por la puerta de atrás, la que desde el jardín llevaba directamente a la cocina. Besó a Ann en el cuello, ella se estremeció un poquito, y dijo:

—Los chicos han llegado ya.

—Ah... ¡Estupendo! ¿Ganaron?

—Vaya... Esto... Espero que no le hayan roto una pierna a Johnny, al menos.

—Ni siquiera ha tenido ese «glorioso» consuelo. Creo que estaría poco menos que insoportablemente deprimido si no fuera por la visita.

—¿Qué visita?

—Están con los chicos, en el *living*. Le pregunté, a él, si quería un poco de «sherry» y me respondió que sí, que para él todo era bueno. En cambio, ella no quiso tomar nada...

John Foster, de momento, quedó un poco desconcertado por el giro misterioso que su esposa daba a su explicación, pero, inmediatamente, le asaltó un presentimiento y salió disparado hacia el *living*. Aún no había llegado allá cuando oyó la risa de Annie, su hija de quince años, y la voz bronca, en pleno cambio, de Johnny:

—¡Eso es un disparate! ¡Imposible!

—¡Qué sí, Johnny, que sí! Gané el partido de una sola carrera... Luego, me tumbé en la hierba y me dije que ya había trabajado bastante.

—¡Qué bárbaro!

John Foster sonrió. Su presentimiento se había confirmado.

Entró en el *living* y se quedó contemplando la escena Annie estaba sonrojada de tanto reír y Johnny escuchaba con auténtico entusiasmo al tipo de anchos hombros y cara de pocos amigos que parecía empeñado en terminar con todo el jerez de papá. Sentada a su lado había una muchacha muy joven, muy bonita... que fijaba sus hermosos ojos azules en él, con adoración. Por un momento, el inspector pensó que nadie sería capaz de relacionar aquella criatura angelical con la mujer de cuerpo entero que fue capaz de descalabrar a un tipo de mala uva dos veces mayor que ella.

Se decidió a penetrar en la habitación.

—¡Señorita Davis! ¡Fred! ¡Qué bueno verles por aquí! —saludó, afectuosamente.

Fred se puso en pie de un salto.

—¡Buenas tardes, señor!

Doris acogió a Foster con una sonrisa encantadora.

—Buenas tardes, inspector —gorjeó.

Los dos muchachos, que habían vuelto la cabeza, se pusieron en pie y fueron hacia su padre. Foster aceptó el par de besos y volvió a dedicar su atención a las visitas.

—¿Todo marcha bien, Fred? ¿Se curaron sus heridas? Bien, señorita Doris..., ¿continúa ejerciendo su profesión de actriz?

—Sí, señor. En dos semanas se cura cualquiera. Estoy muy bien, de veras —respondió Fred.

—En estos momentos, no, señor Foster —aclaró la muchacha—. Pero sé de alguien que me ha ofrecido un papel maravilloso que podré representar toda mi vida, espero...

Al decir esto, Doris asestó sus ojazos al rostro de Fred. Las facciones del muchacho cobraron una expresión de borreguito enternecido, mientras su manaza se apoderaba de la manita femenina y sus dedazos se entrelazaban con los delicados deditos de ella.

Al inspector Foster se le caía la baba.

—Bien, bien, parejita... Lo celebro... —exclamó, reaccionando—. ¿Una copa de «sherry», Fred?

El ofrecimiento tuvo la virtud de hacer bajar de las nubes a Fred Chapman.

—Quedaba tan poco, señor... Temo... Temo que se ha terminado —se sonrojó.

Foster experimentó unos irreprimibles deseos de atizarle un coscorrón a Chapman... «Quedaba tan poco». ¡Qué cara tenía, Señor! ¡Si fue él quien vació la botella! Pero se contuvo.

—¡Oh no se preocupe! —sonrió, hipócritamente—. Mañana compraremos más. Emm... ¿Disfruta de vacaciones por convalecencia, Fred?

—Bien, esto... He solicitado unos días de licencia en concepto de boda, señor... La señorita Davis y yo vamos a casarnos.

Y Fred, abarcando entre sus zarpas los suaves hombros de Doris, atrajo a ésta dulcemente hacia sí. La muchacha apoyó su cabecita en el poderoso pecho del agente.

—¡Je, je! Era de esperar... ¡Eso está muy bien parejita! ¡Felicidades! —aprobó Foster, volviendo a enternecerse.

—Sí... Gracias... Yo... pedí, además, el traslado...

—¡Ah...! Y, ¿a dónde quiere ir? ¿A Nueva York? ¿A Miami? ¿A Los Ángeles?

—Bueno... Supe que se había producido una baja en Buffalo y pensé que podrían aceptarme en la Delegación de esta ciudad, señor... Me preguntaron el motivo de mi petición, y dije... ¡Vaya, señor, no es coba...! Dije que el inspector-jefe de Buffalo me caía bien y que puesto que habían... matado a un compañero yo desearía cubrir esa plaza... siempre que a dicho inspector-jefe no le pareciera mal, claro...

Hubo unos instantes de silencio.

—No me parece mal, Fred. Por mi parte puede considerarse admitido en la Delegación de Buffalo —murmuró, con cierta emoción, John Foster.

—Gracias, señor.

Entonces el inspector sonrió suavemente.

—Encantado de tenerte conmigo, Fred Chapman. Y hablando de otra cosa... ¿Habéis cenado ya, parejita? Imagino que no sólo vivís de amor...

—Pues no..., no, señor... no hemos cenado...

—¡Magnífico...! ¡Magnífico!

FIN

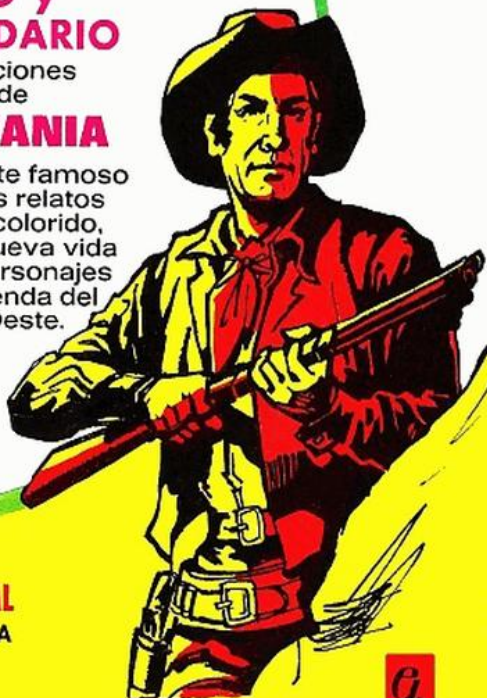
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 18 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...